



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN**

**LA NATURALEZA DE LA EXPERIENCIA ERÓTICA EN
PLATÓN. REFLEXIÓN ACERCA DE LAS DOS
NATURALEZAS DEL AMOR Y SU MANIFESTACIÓN
DISCURSIVA EN EL DIÁLOGO “FEDRO” DE PLATÓN**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN FILOSOFÍA

PRESENTA

IVÁN PAREDES GARCÍA

ASESOR: DR. ANTONIO LUÍS MARINO LÓPEZ

JUNIO, 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS QUE ABREN MI CORAZÓN

Primeramente a Nuestro Padre Dios Todopoderoso por su infinito amor, su salvífica misericordia y por darme mi alma (Jer. 17:5).

A Nuestro Señor Jesucristo por su presencia eterna en mi vida. Perdón por apartarme y gracias por ser mi buen pastor (Jn. 9:30)

A Dios Espíritu Santo. *“Renegar del Espíritu es traicionar sus compromisos”*. San Basilio.

A mis padres. Por su amor día tras día, pues al darme eso, me han dado todo. Por todos los tiempos, Dios los bendiga y colme de bendiciones.

A mi hermana Karina Nallely. Ángel de Dios que siempre ha conmovido mi corazón. Siempre estaré contigo, mi *mylsita*.

A mi tía Susana por acompañarme en esas desveladas y a mis primos Michel, Mayté y Yulibeth.

A todos mis primos y tíos. A mis abuelos todos.

A mi gran maestro de vida. Por decirme quién soy yo desde los cuatro años y por más adelante, decirle a mi vida lo que es el amor. Pero sorprendentemente, más gracias todavía por ser mi amigo y bautizar mi alma en el romanticismo aquél 18 de Mayo de 2007. Para usted señor José José, nacido para el amor. Dios lo bendiga a usted, a su esposa Sarita y a todos los suyos. Para el príncipe más feliz del mundo.

A mis grandes amigos Jorge L. y Enrique Rodríguez.

Al doctor Alexandro por su ayuda y su cariño. Gracias por no ver a un paciente más sino a un ser humano.

Al maestro Chuz y a su esposa Ana María. Gracias por abrirme sus corazones y por cambiarme la vida. Mi corazón late fuerte hacia ustedes. Gracias.

A Raquel, por ser tan linda conmigo. Tu aparente dureza es genuina dulzura.

A la tropa popoy. Amigos, la distancia no implica desamor.

A mis hermanos del lenguaje del corazón. Dios los bendiga a todos. Gracias sinceramente.

A todos mis alumnos y exalumnos

A todos los maestros que me han formado

Al doctor Antonio Marino. Gracias por su paciencia, su ayuda y por despertar en mí el deseo de saber.

A Frank Sinatra, Sabina, Álvaro Carrillo y todos aquellos que me han enseñado a sentir a través de su música y su arte tan sincero.

A la UNAM por darme cobijo y futuro.

Y a ella.

ÍNDICE

Agradecimientos	1
Índice	3
Introducción general	4
Introducción al capítulo uno	9
Capítulo uno	
1 Significado del contexto dramático en que se da la pregunta inicial del diálogo	11
2 Palabra y verdad. Descubrir la originalidad del discurso y su intención erótica o seductora	17
3 Palabra y amor. Distinguir entre la actitud egoísta y la de compartir a través del discurso	27
Introducción al capítulo dos	33
Capítulo dos	
1 El discurso y la práctica. Profundizar en la relación entre discurso, verdad y placer inmediato	35
2 ¿Seducir o enamorar?. Distinguir con base en la actitud de Fedro la diferencia entre seducir o dar amor como una manifestación de lo divino	40
3 Resistir a un seductor. Aclarar si Sócrates fue seducido por Fedro y por ello hizo un discurso falso y atentó contra Eros como don divino	51
4 La divinidad y el hombre	64
Introducción al capítulo tres	68
Capítulo tres	
1 Lo divino como el camino más pleno para el amor	70
2 Discernir que entre el camino del placer utilitario y el del amor como un don divino, el segundo es el que llena la vida del hombre	82
Epílogo	95
Bibliografía	100

INTRODUCCIÓN GENERAL

El diálogo *Fedro* de Platón involucra diversas cuestiones al igual que en todos sus demás diálogos, no obstante, el tema principal de este diálogo es el amor y es el que me abocaré a estudiar. Debido a que considero necesario en nuestro tiempo, que tengamos un grado de certeza al referirnos al amor, un concepto que en nuestra vida cotidiana es el más mencionado y por ende, el menos comprendido, tomando en cuenta que cuando un concepto se populariza, pierde su sentido original. Dentro de lo que es dicho tema, me parece necesario señalar que los diálogos de Platón no proporcionan una respuesta concreta y cerrada a las interrogantes que él plantea, es decir, sólo brinda ciertos elementos para que uno mismo llegue a sus propias conclusiones. Dentro de esos elementos que ofrece el diálogo para su interpretación y comprensión, están no solamente los planteamientos que hace cada personaje, sino que además, es sumamente importante el desarrollo dramático del mismo diálogo, pues deja entrever ciertos caminos que muy probablemente nos lleven a comprender con un poco más de certeza el asunto que se está tratando, que en este caso, principalmente el tema del amor.

También es cierto que de otra manera, el diálogo enriquece nuestra duda, lo cual es importante en la búsqueda de la verdad, pues la duda fortalecida nos impulsa a perseverar en el camino.

Así pues, mi interpretación personal del diálogo busca entender la relación entre el amor y su manifestación discursiva, es decir, entre la experiencia erótica y la palabra. Para ello procuraré distinguir la concepción de Eros como don divino y la que lo considera como un mero impulso que busca la satisfacción del cuerpo; ello puede entenderse también como ubicarse en la disyuntiva de concebir el amor como ese don divino y que por lo tanto procura el bienestar del alma tanto del amante como del amado, o bien, como ese gozo físico al que le es indiferente el estado del alma. Percatarse de tal disyuntiva implica la necesidad de optar por uno de los dos caminos, lo que en sí constituye una toma de decisión que parece necesaria e inevitable. De no

hacerlo, nos encontraríamos en una especie de parálisis que en el diálogo es personificada por Fedro. En este trabajo señalaré algunos elementos que constituyen dicho estado de parálisis, pero la atención principal será en atender la concepción divina del amor, y en el epílogo de la tesis, haré manifiesta mi opción ante tal disyuntiva.

Mi proceder para abordar el tema será el siguiente:

1; La pregunta inicial del diálogo. Aquí meditaré acerca del contexto en que se da la pregunta. Utilizaré las partes dramáticas desde el inicio del diálogo, hasta poco antes del discurso de Fedro. De esta manera, busco llevar a cabo mi propia interpretación, la cual, básicamente versa sobre las dos maneras de entender el amor (la de Sócrates y la de Fedro) y cómo éstas se hacen patentes tanto en el discurso como en la acción de estos dos personajes. A todo ello, llego por la vía de considerar primeramente, el sentido de la pregunta con la que inicia el diálogo y la escena en la que se da tal interrogante.

2; La relación entre la palabra y la Verdad. Aquí buscaré hacer patente la distinción entre un discurso que busca seducir a través de la adulación con el único fin de obtener una utilidad física, y otro que por el contrario, busca comprender la verdadera naturaleza del amor. La primera postura la representa Fedro y la segunda la hace patente Sócrates, sobre todo a través de su palinodia o discurso de arrepentimiento por haber hablado mal de Eros.

En este punto me enfocaré en una diferencia entre Fedro y Sócrates, que consiste que el primero expresa su postura ante el amor con base en lo que otros han dicho al respecto, pues de acuerdo al diálogo, Fedro lleva bajo el brazo un discurso sobre Eros compuesto por Lysias. Por su parte, Sócrates solicita ayuda de la divinidad para que las palabras que salgan de su boca, sean verdaderas con respecto al amor. Estos puntos serán útiles para entender las consecuencias que tiene por un lado, el creer en la palabra escrita, y por el otro, confiar en la verdad de la palabra oral y sobre todo, cuando está inspirada en la divinidad.

3; Profundizar en el aspecto discursivo para dejar lo más claro posible, la diferencia entre seducir y dar amor, como un reflejo del egoísmo y su contraparte, la de compartirse a alguien.

4; Presentar a lo divino como garante de un amor genuino que busca compartir los dones de la experiencia erótica, explorando algunos rasgos del tipo del alma que está dispuesta a dejarse guiar por lo divino, y expondré también, que la única vía para amar libremente y vivir en plenitud es dejarse guiar por lo divino.

Señalo que para una mejor comprensión de los temas, cada capítulo está encabezado por su respectiva introducción. Es evidente que el desarrollo de la tesis gira en torno a un diálogo platónico y por ende, la concepción del Eros es griega, sin embargo, en un momento dado el lector puede pensar que la interpretación del diálogo se halla bajo la influencia del cristianismo, ello se entiende si consideramos que más de dos mil años de cristianismo influyen, quiérase o no, en nuestra forma de entender el mundo. Empero, para que no se piense que este aspecto lo he pasado por alto, en el epílogo señalo algunos puntos que por un lado, parecen compartir la filosofía platónica y el cristianismo, y por otro, muestro también aquellos en los que ambas visiones no son compatibles.

Toda la interpretación que haré, no surge de la nada, sino que para mi labor me he respaldado en Leo Strauss. La primer idea importante que tomo de este pensador, es la de señalar que el primer elemento importante para la lectura de un diálogo platónico, es el asombro¹. Entendiéndolo como perplejidad, pero sobre todo, como el reconocimiento de que el diálogo es un enigma. La obra platónica no brinda entonces respuestas concretas u objetivas como si se tratara de una ecuación. Precisamente aquí considero adecuado dejar en claro que en los diálogos de Platón no vemos a los personajes. No conocemos sus miradas, su gesticulación; tampoco escuchamos los tonos de sus voces, ni tampoco vemos la atmósfera, los elementos que rodean a los personajes. Por lo que el lector debe hacer abstracción de lo literal o “casual” dentro del diálogo, para enfocarse en lo esencial que Platón dice, y eso esencial, puede empezar

¹; Strauss Leo; *¿Progreso o retorno?*; Paidós; Barcelona; 2004; p.p. 104-105.

a vislumbrarse desde la conciencia de que la relación entre argumento y acción de los personajes presenta una tensión entre la congruencia o incongruencia de lo que dicen y hacen esos personajes. En esto reside la virtud de un texto platónico, pues mueve al lector hacia la duda, y si ésta trasciende la esfera del texto y lleva a la gente a dialogar, ello significa que el texto cobra vida cuando repercute en la vida de los seres humanos.

Quiero decir que personalmente no he escogido del todo este tema, aparentemente las circunstancias me llevaron a considerarlo para mi tesis. Sin embargo, durante el desarrollo del trabajo, me fui dando cuenta que la disyuntiva que plantea el diálogo, me aguardaba ya desde hacía tiempo y que el no enfrentarla estaba enfermando mi alma, pues en el momento en que inicié esta tesis, me encontraba en un estado verdaderamente de parálisis existencial, prácticamente yo me encontraba dentro de lo que representa Fedro.

En ese sentido, la tesis me salvó porque me ha ido haciendo conciente de la necesidad de amar y entregarme a los caminos que mi voz interna me dicta. Puedo decir que desde niño había palpado ya la presencia del amor en mi vida y que por muchas cosas, entre ellas mi condición falible de ser humano, esa presencia se fue desvaneciendo hasta parecerme ya inexistente, empero, el diálogo me ha limpiado la vista y ahora que vuelvo a sentir esa presencia, hago todo lo posible porque no vuelva a perderla en mi vida, lo cual no es fácil porque soy un hombre nada más, con los límites que la condición humana tiene de sí. En fin, puedo decir que el diálogo ha surtido efecto en mí y que en consecuencia, me ha salvado. Me permito señalar esto porque siento que el tema de la tesis me brinda la libertad de compartir algunos aspectos que a mi alma han torturado o han reconfortado. Quizá parezca extraño que en un trabajo académico se rompa con el formalismo de mostrar solamente el lado racional del tema y en cambio, se exprese un sentimiento genuino.

En el epílogo abordaré este asunto con mayor detalle, por ahora sólo digo que no hacerlo, me acercaría más a la órbita de Fedro que a la socrática.

Por último, esta tesis está sujeta a correcciones y cuestionamientos. Continuamente podría añadirle o restarle ideas, pero si logra propiciar un diálogo sincero entre personas que estén dispuestas a asumir su ignorancia, entonces la obra platónica ha cobrado vida en nuestras acciones.

INTRODUCCIÓN DEL PRIMER CAPÍTULO

En este capítulo, la reflexión partirá de la imagen del encuentro frontal con la que inicia el diálogo. Considerando que Platón utiliza una armónica combinación entre la trama dramática y lo que dicen los personajes, y que por ello mismo no se debe hacer una lectura superficial del diálogo, he comenzado por interpretar la imagen inicial del diálogo como un indicio que marca desde el principio la condición de cada uno de los personajes y lo que representan en la comprensión del amor.

De este modo nos ubicaremos primeramente en las actitudes de los personajes y de ahí, lo relacionaré con los discursos de Sócrates y Fedro, haciendo notar desde un inicio que es Sócrates quien inicia el diálogo y en cambio, Fedro utiliza a lo largo del diálogo palabras ajenas a él, discursos que otros han hecho para entender el amor. En esta manifestación discursiva de ambos personajes, se hace manifiesta la diferente condición de ambos, pues mientras que Sócrates ejerce libremente su capacidad de palabra al abrir el diálogo, Fedro menciona que camina siguiendo los consejos de Acúmeno, que era médico. Ello parece indicar que desde aquí se aprecia que Fedro es movido por lo que digan los demás. En la salud del cuerpo hace caso de lo que dice Acúmeno y en lo concerniente al alma, le hace caso a Lysias, quien era un hacedor de discursos a modo para la ocasión, sin buscar la verdad de éstos. Sea como sea, Fedro parece necesitar el visto bueno de los demás para actuar en su vida.

De estas consideraciones parto para demostrar que Fedro es incapaz de amar ya que su existencia se halla en una especie de parálisis en tanto que no decide por sí mismo y que ello demuestra que carece del impulso de Eros para buscar la verdad, ya que no ama. Se va haciendo claro que Fedro asume una actitud de seductor, en donde sin reparar en la verdad de sus palabras, sólo busca el placer efímero haciendo todo lo posible por no amar. Ello queda de manifiesto cuando Sócrates le señala previo a su primer discurso, que lo hará con la cabeza cubierta por su manto, y la respuesta de Fedro es que sólo se preocupe de hablar y en lo demás, puede hacer lo que quiera

(237^a)¹. Parece entonces que para Fedro lo que importa es la técnica discursiva y no la genuina intención de hacer filosofía.

¹ Platón; *Diálogos*; Gredos; España; 2000. Esta es la versión que utilicé, en lo sucesivo, señalaré únicamente el párrafo en cuestión. Todos ellos pertenecen a la misma edición.

CAPÍTULO UNO

1 Significado del contexto dramático en que se da la pregunta inicial del diálogo

Comprender un diálogo de Platón no es tarea simple, y la razón principal de ello es que el diálogo sólo deja caminos abiertos para las interrogantes que en él surgen, así pues, es tarea del lector tomar el suyo para explorar desde lo más profundo y genuino de su alma, las posibles respuestas a los problemas que presenta un diálogo platónico. Para ubicar dicha comprensión se necesitan por un lado, considerar las declaraciones o afirmaciones de los personajes, es decir, lo que expresan de manera literal, tomando en cuenta los juegos de palabras que Platón hace para que el lector avance en su propio sendero interpretativo; por otro lado, es muy importante considerar el desarrollo de la trama dramática del diálogo para ubicar no sólo lo que dicen los personajes, sino cómo lo dicen, cuándo lo dicen y en qué tipo de circunstancias. Ubicarnos en este último punto, nos sitúa en el plano de la interpretación, que es básicamente lo que pretendo hacer en esta tesis, esto con el fin de contrastar las visiones utilitaria y divina del amor, personificadas por Fedro y Sócrates respectivamente. Es necesario atender las metáforas que maneja Platón y más todavía, no perder detalle de la relación entre lugar físico, situación narrativa y aspectos etimológicos de ciertas expresiones que aparecen en el diálogo. Atender a todas estas situaciones, nos será útil para establecer el contraste entre la visión utilitaria del Eros y aquella que ubica a la experiencia erótica como un acercamiento a lo divino. Desde luego que en mi reflexión mostraré las características de cada una de esas posturas. La distinción entre estas dos concepciones del amor, no atiende únicamente a la experiencia erótica como algo aislado e individual, cuya consecuencia sea meramente emotiva, sino que ambas posturas reflejan con cierta claridad la diferencia que hay entre los modos de concebir la existencia que por un lado, tiene el pensamiento antiguo, y por otro, el moderno. Ambos presentan maneras radicalmente diferentes de comprender al hombre y a Eros. Sócrates se ubica dentro del pensamiento antiguo, en tanto que Fedro presenta caracteres del hombre moderno en el sentido de que

considera al amor como algo práctico y meramente físico, lo que implica olvidar las cuestiones de lo divino y el alma. Ubicándose en el campo de lo inmediato y útil. La modernidad busca el autodomínio de las pasiones humanas y si es posible, la eliminación del Eros, pues solamente con la objetividad y la frialdad del razonamiento, el hombre puede realizar sus aspiraciones y vivir mejor, por lo que el amor se convierte en un obstáculo y en un peligro en tanto que transgrede la vida racional del hombre y sus proyectos.

Lo que ahora busco es indagar acerca del sentido de la pregunta inicial del diálogo, pero no nada más la pregunta en sí, sino la manera en que de acuerdo a la trama dramática se da esa pregunta, y algo quizá más importante, ver si se respondió la pregunta o no, y de qué manera se dio esa situación. Todo ello con base en mi interpretación acerca del desarrollo dramático del diálogo. En esta parte, tomaré lo que constituye la pregunta inicial del diálogo, hasta poco antes del discurso de Fedro.

Ahora veamos lo siguiente, ¿Porqué el diálogo comienza con una pregunta?. La interrogante que abre el diálogo es: "¿A dónde y de dónde querido Fedro?". Quiero que antes de ver un aspecto de lo que es la respuesta de Fedro, consideremos el aspecto dramático que rodea a la pregunta. Es claro que en el diálogo no hay ningún saludo previo a la pregunta, o sea, que la pregunta viene directa o dicho de otro modo, la pregunta viene de manera frontal. Esta palabra, me sugiere dos entidades que se ven frente a frente . Pensemos en dos personas que van caminando en sentidos opuestos y que no obstante ello, van en la misma línea recta. Lo más evidente es que de seguir con su marcha cada uno, se encontrarán cara a cara. Esta imagen es distinta a pensar en aquella en la que estas dos personas vengan una detrás de la otra, o bien, que venga una al lado de la otra, y así por el estilo. Ninguna de éstas tiene la implicación de un encuentro frontal. Así que parece inevitable el encuentro de dos posturas distintas, lo cual en la poesía platónica tiene implicaciones que no estarían si la escena fuera de otro modo.

De esta manera, no solamente se confrontan las personas de Sócrates y Fedro, sino que en el fondo, lo hace Platón es mostrarnos que en el diálogo sólo hay dos maneras de asumir la experiencia erótica, la que presenta Fedro y la de Sócrates.

Aquí es preciso entender que la imagen del encuentro inicial es sólo eso, una imagen que entendida de modo metafórico, busca ilustrar la diferencia entre dos posturas en la que cada una concibe al amor de modo distinto. Así, y teniendo en cuenta tal metáfora, es lógico preguntarnos ¿De dónde viene cada uno de los personajes que se encuentran al inicio del diálogo?. Cuando preguntamos a alguien de dónde viene, es muy común que nos responda algo así como “vengo del mercado, vengo de la escuela, vengo de la iglesia, etc.”; es decir, responden pensando en un lugar geográfico, en algo exterior. Si preguntamos a alguien a dónde va, lo más usual es que responda “voy al banco, voy al doctor, voy a una cita, etc.”, o sea que los ámbitos de la pregunta y la respuesta siguen considerados como algo meramente exterior. No obstante que el sentido de la pregunta inicial del diálogo: “¿A dónde y de dónde querido Fedro?”, parece referirse al aspecto de transitar sólo exteriormente de un lugar a otro, considero que en realidad no es así, y veamos porqué.

En primer lugar es necesario que profundicemos en aquella imagen que sugiere un encuentro frontal entre Fedro y Sócrates. De acuerdo a tal imagen, es posible pensar que a donde va Fedro, es el mismo sitio de donde viene Sócrates, y al revés, que de donde viene Fedro, va Sócrates. Lo que yo entiendo es que en el fondo, el mensaje puede ser este: Que Sócrates ya ha recorrido el sendero del Eros, y que Fedro parece que apenas va a emprender dicho camino. No es éste un camino físico como lo puede ser el ir de la ciudad de Atenas a afuera de sus murallas, sino que es un camino interno, de la existencia misma, un camino que está orientado a trascender la mirada superficial de las cosas mismas, o sea, que en este caminar se obtiene un conocimiento que permite ver con claridad asuntos tales como la verdad o el amor.

Esto implica estar dispuesto a buscar el sentido genuino de las cosas. La esencia de mi idea es esta: Que Sócrates ya ha recorrido un tipo de camino que trae implícita la experiencia erótica, esto es, que Sócrates ya ha caminado por el sendero del amor

como un don divino, y que al tener este contacto con la divinidad, tal estado le ha permitido tener un conocimiento de sí mismo, pero sobre todo, llegar a conocer algo de la verdad de lo divino. Reitero, no quiero que se piense que estoy diciendo que Sócrates viene físicamente de un lugar que le haya permitido tener ese conocimiento, como si dijéramos que Sócrates viene de un retiro espiritual o de algún lugar tal en el que lo hayan iniciado. No es así, pues no me refiero al caminar físico o exterior de Sócrates, sino de un proceso interno, espiritual e intelectual, algo del alma.

De este modo, parece que si Sócrates ha conocido que la esencia del amor reside en lo divino, entonces ha obtenido un conocimiento superior a cualquier otro, y no me refiero a un conocimiento de tipo matemático, poético o bien, retórico, sino de algo todavía más profundo: el alma humana y concretamente, el conocerse a sí mismo.

Lo diré con estas palabras, obedeciendo la necesidad de conocerse a él mismo, ha escuchado la voz de lo divino, y en ese conocerse, tuvo la suficiente claridad de darse cuenta que los demás también necesitaban llevar a cabo tal proceder, es decir, el buscarse a sí mismos. Esta afirmación me sugiere que conocerse a uno mismo es indispensable para hacer filosofía, pues solamente a partir de saberse ignorante, se es conciente de la necesidad de saber, y esa necesidad sólo puede ser compartida con aquellos que vivan lo mismo, pues serán más proclives a tener disposición para hablar de su ignorancia, que aquellos que creen saber y por ende, buscan un fin práctico y útil para sí mismos. En ese sentido, Sócrates está dispuesto a dialogar con Fedro, pero éste no parece estarlo, no al menos en tanto diálogo filosófico.

Aquí se hace patente que la genuina experiencia erótica, sólo es posible cuando se da el conocimiento de uno mismo (autognosis). Esto parece difícil de entenderse porque nuestro moderno modo de vivir, considera como prioritario y único en importancia, al conocimiento que se obtenga del exterior. Es decir, lo importante es comprender y transformar aquello que se presenta a mi alrededor. Aquí parece entronizarse el conocimiento de la ciencia y denostarse el de la filosofía, ya que ésta no parece ser eficaz a la vista de todos. Así entonces, el verdadero impulso del amor que se da en el alma, es algo imperceptible para los demás, mientras que la seducción

física es considerada como un logro, ya que ella sí puede ser visible y difundida. Ello me sugiere que la falsa experiencia erótica se da cuando en lugar de conocerse a sí mismo, se conoce lo ajeno a uno (diagnosís) y por ende, se busca un beneficio exterior, como el placer del cuerpo o el reconocimiento de los demás. Así pues, para que el Eros sea genuino, es necesario buscar el conocimiento propio antes que el exterior.

Es así como Sócrates emprendió ese camino que lo llevó a seguir la sentencia que ya conocemos: “conócete a ti mismo”, y la llevó a cabo. Tal camino lo llevó él mismo por su propio esfuerzo, él mismo lo realizó y se confrontó consigo mismo. Esa lucha queda de manifiesto en su primer discurso, en el cual, parece quererle dar la razón a Fedro en cuanto a que es mejor no amar, pero al mismo tiempo, Sócrates se confronta con su voz interior que le dice que él sabe que está mintiendo, tan es así que por ello se cubre la cabeza en señal de pena por su acción (237 a). En ese momento, da la impresión que Sócrates se encuentra en una lucha que por un lado, le impulsa a ceder al efímero placer físico que le ofrece Fedro, y por otro, ser consecuente en su amor por lo bello y verdadero, lo que lo lleva a buscar el placer del alma.

El buscar el conocimiento del alma de cada quien, no es desde luego una labor sencilla, y considero que es muy raquítico el número de personas que llevan a cabo tal lucha, pero quien lo ha logrado puede adquirir cierta capacidad para ver que lo que padecen los demás, uno mismo también lo ha padecido, quizá por eso, Sócrates pudo ver que algo le ocurría a Fedro, y debido a ello, a éste último, Sócrates le realiza la pregunta que ya mencioné. Antes de entrar en lo que se refiere a esta parte, creo pertinente insistir en lo siguiente: al sentir Sócrates la necesidad de conocerse a sí mismo, de buscar en sí mismo, quizá ahí ya está en un grado de Verdad, es decir, es conciente de la necesidad de la verdad, primero, acerca de sí mismo. Como veremos más adelante, buscarla ya es un modo de vivir en ella.

Ahora bien, es necesario hacerle caso al llamado a buscar la verdad, pues también podría ocurrir que uno pueda sentir ese llamado y no obstante, hace caso omiso. Parece entonces que no basta el llamado a buscar la verdad, sino que se debe de seguir a ese llamado, pues entiendo que la verdad es un camino a seguir, y si es un

camino, es claro que todo camino está ahí para ser caminado, para andar en él. Así, se puede dar que un hombre pueda atisbar el camino de la verdad y de la virtud, y pese a verlos, no los siga, ya sea por no querer o no poder hacerlo. Quizá el no querer ya es una incapacidad en sí misma.

Pasemos a la situación en la que se encuentra Sócrates dentro del diálogo, lo que nos permitirá ver con mayor detalle lo antes expuesto.

2 Palabra y verdad. Descubrir la originalidad del discurso y su intención erótica o seductora

Comenzaré diciendo que el sentido que doy a los conceptos de *verdad*, *discurso* y *seducción*, son extraídos del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en su edición del 2001. Así, por *verdad*, designo la conformidad de lo que se dice con lo que se siente o piensa. Por *discurso*, razonamiento o exposición sobre algún tema para manifestar lo que se piensa o siente. En tanto que por *seducción*, designo el cautivar el ánimo de alguien con un propósito sexual u otro que sea ventajoso para quien ejerza la persuasión.

Sócrates al buscar la verdad dentro de sí mismo ha tenido la posibilidad de ir conociendo su ser, y para ir descubriendo la verdad dentro de sí, tuvo también que conocer y enfrentarse con lo falso que habitaba dentro de él, esto es, que al conocer Sócrates lo verdadero dentro de sí, también tuvo que haber visto lo falso para poder discernir entre ambos, y esto es también un tipo de conocimiento, no desde luego del tipo científico, sino más bien como resultado de su introspección.

Entendiendo por el momento que Sócrates ha buscado la verdad respecto al amor y a lo divino, ahora enlacémoslo con la siguiente parte: meditando sobre el porqué Sócrates le hace la pregunta inicial a Fedro, esto tiene para mi manera de ver, dos causas en dos momentos diferentes. Al haber pasado ya Sócrates por los terrenos de lo falso, y al poder discernir ello de lo que es verdadero, esta experiencia le ha permitido saber cuál es el estado de Fedro cuando se encuentran de frente, pues Sócrates ya conoce esa parte. Sócrates es quien inicia el diálogo con la pregunta ya mencionada, porque Sócrates tiene voz propia, o sea, que él busca por sí mismo, en cambio Fedro necesita palabras ajenas y discursos ajenos, es decir, no busca por él mismo. ¿Quien necesita las palabras de otro es capaz de buscar por sí mismo?. Y más todavía, ¿Puede alguien así buscar dentro de sí mismo?. Considero que no, pero ello lo veremos más adelante.

Por ahora concentrémonos en ese primer punto, que se refiere al que Sócrates al haber pasado por diversos estados en su búsqueda por la verdad dentro de sí mismo, conoce también los caminos de lo falso y cómo puede encontrarse el alma de quien ande por esos caminos. Así entonces, al haber superado Sócrates ese estado de conocer y superar lo falso, ello le permite reconocer a quien aún vive en esos caminos de la falsedad, debido a ello, Sócrates puede saber el estado en que se encuentra Fedro. Dicho con un símil, podemos entender que sólo aquél que ha caminado sobre brasa ardiente, puede saber cómo han quedado las plantas de los pies de quien ha realizado tal acto, aunque también es con fuego y golpes la manera en la que se temple el acero, y al confrontar acero templado con el que no lo es, éste último se partirá en dos.

Soportar los difíciles caminos en la búsqueda de la verdad en uno mismo, es lo que no solamente ha templado el espíritu de Sócrates, sino que como ya lo he dicho, le permite saber quién no está en el camino de la verdad, y más todavía, quién no está conciente de ello. Centrémonos pues en la experiencia de Sócrates de enfrentarse a la lucha de los placeres del cuerpo, que parecen anteponerse a los del alma, y así, ver cómo ello se refleja en el discurso erótico.

Retomando la imagen del encuentro frontal de Sócrates y Fedro, tengamos presente que cada uno de ellos encarna distintas visiones sobre el amor y la Verdad, y de este choque frontal, una postura será la que demuestre su deseo genuino por alcanzar la estimable verdad sobre este asunto. A todo esto, y siguiendo con el asunto de la pregunta inicial del diálogo, conviene hacer notar lo siguiente: ¿Porqué Sócrates es quien inicia el diálogo con una pregunta y no Fedro?. Considero que Sócrates al haber vivido ya en la confusión de cómo entender el amor, al haberse enfrentado a la disyuntiva de optar por el Eros del alma o el placer del cuerpo, esta confrontación fue parte medular en el conocimiento de sí mismo, y el haber vivido ya esos estados que trae la lucha entre lo efímero y lo permanente, esa experiencia le permitió saber el estado del alma de Fedro con solo verlo. Es algo similar a cuando pasamos por una experiencia de vida y luego vemos que alguien pasa por una situación similar y ya

tenemos un cierto grado de conocimiento sobre el estado en el que esa persona se ha de encontrar.

Una vez que Sócrates observa el rostro de Fedro en el encuentro frontal del inicio del diálogo, parece que Platón utiliza un juego de palabras en la respuesta a la pregunta inicial de Sócrates: “Mi querido Fedro, ¿adónde andas ahora y de dónde vienes?”² (227^a), a lo que Fedro responde: “De donde Lysias”. En griego, la respuesta de Fedro sería *παρα Λυσιασ*, que se puede entender como “de casa de Lysias”, “en casa de Lysias” o “cerca de Lysias”. No obstante, el simbolismo que usa Platón y sus juegos de palabras, nos obligan a ir más allá de la superficie de la respuesta. Attendamos un poco el sentido de la preposición *παρα*. La preposición *παρα*, no sólo tiene los significados ya señalados, sino que en algunos casos denota algo que está “fuera de”, “contra”, “excepto” y en otros casos indica negación.

Dejemos momentáneamente la preposición *παρα* y la retomaremos más adelante, y veamos ahora lo siguiente: *Λυσιασ* es el nombre que nosotros entendemos como Lysias, aunque un posible sentido oculto de *Λυσιασ* sea el verbo *λυω*, que indica soltar, y su sustantivo sería *λυσις*, que remite a algo que está suelto, o sea, que no tiene algún tipo de firmeza que permita un control. Haciendo una síntesis gramatical de *παρα* y *Λυσιασ*, debemos observar que *παρα* más un nombre propio indica en casa de; *παρα* con acusativo significa a o hacia; *παρα* con genitivo significa junto o de parte de; el verbo *λυω* indica soltar, es decir, algo que está suelto y también denota solución.

En el caso del diálogo, la respuesta se lee *παρα Λυσιασ*, es decir, que *παρα* está junto a un nombre propio y por ende se podría entender como “en casa de”, pero la habilidad de Platón para jugar con las palabras nos obliga de algún modo a levantar cierta suspicacia y a hacer notar que la expresión *παρα Λυσιασ* tiene fonéticamente un parecido a parálisis, y el estado de Fedro parece ser ese mismo.

² Op. Cit.

En otras palabras, considero que la respuesta textual de Fedro, "De donde Lysias" aparece como *παρα Λυσιας*, entendiéndose esto como que Fedro estaba en casa de Lysias, pero ¿Qué ocurre si leemos a Platón desde la superficie textual de los diálogos tal cual?. Estoy cierto que proceder de este modo nos llevaría a "entender" a Platón como se entiende a un vil cuentista, y de esta manera, los diálogos serían algo así como fabulillas o versiones estenográficas de charlas casuales. Es claro que proceder de esta manera nos aleja absolutamente de sabiduría alguna y por ende, de una búsqueda filosófica.

Creo entonces que con lo dicho basta para comprender que la lectura de los diálogos va mucho más allá de lo meramente textual. Así pues, pasemos a reflexionar un poco acerca de la respuesta de Fedro, y veamos que su respuesta *παρα Λυσιας*, no es nada más "de casa de Lysias" en su sentido textual, sino que el sonido de la expresión es parecido al verbo *παραλυω*, de entre cuyas acepciones está la de paralizar, y ahora emerge la siguiente pregunta, ¿Fedro solamente estaba en casa de Lysias o su respuesta denota un tipo de parálisis en algún aspecto de su vida?.

Cuando vemos a alguien un poco turbado ya sea por cuestiones físicas o emocionales, solemos preguntarle ¿Qué tienes?, ¿Cómo te sientes?. Esto lo hacemos cuando percibimos que algo le ocurre a alguien, ya sea porque nos lo dijeron o porque es algo evidente ante nosotros. Sócrates comienza el diálogo con la pregunta "¿A dónde y de dónde querido Fedro?", y ya dije que la pregunta al igual que la respuesta, no se deben tomar literalmente, por lo cual, debemos atender la relación simbólica de este contexto en que se ven envueltas la pregunta y la respuesta.

Esta incapacidad de movimiento, parece remitirnos al concepto de parálisis, al que anteriormente nos hemos referido. Desde luego que la parálisis de Fedro no es física, sino en su existencia que carecía de Eros. Si un día lo convencía Lysias, para Fedro, éste (Lysias) tenía la razón; si al otro día lo convencía Sócrates, pues entonces para Fedro, la razón ya estaba con éste primero, y así, como si se tratara de una pasarela en la que se escogen modelos al gusto. Así forja Fedro sus "convicciones".

Recordemos que al iniciar el diálogo, Fedro considera a Lysias como el más virtuoso y diestro de los oradores de su tiempo, y que él (Fedro) no recuerda bien de qué trata el discurso de Lysias, pues tal discurso es para Fedro algo así como monumental y fingiendo modestia, dice que sus capacidades no dan para aprender tal cosa. Más adelante del diálogo, una vez que Sócrates le dice a Fedro que es necesario un discurso que lo purifique a él (a Sócrates) por haber hablado mal del amor en su primera intervención, ahí Fedro queda “convencido” de ello, y le dice a Sócrates que para él, no habrá cosa más agradable que obligar a Lysias a que cambie de discurso. Esta actitud tan cambiante de Fedro, es propicia para tener en cuenta la frase que Sócrates le dirige en el diálogo: “Confío, mientras sigas siendo el que eres, en lo que dices” (243e). Con esto me parece evidente que Fedro es una especie de veleta en lo que respecta a la filosofía. Por sí mismo no se mueve, sino que es movido por las palabras de los demás.

Lo importante es reflexionar ahora sobre el porqué de esa manera de ser de Fedro. Pudiera ser un temor o una incapacidad de conocerse a sí mismo, a diferencia de Sócrates, que lo menciona muy claro en el pasaje del mito de Bóreas, en donde dice que se tiene más a la búsqueda de él mismo que de ocuparse de si los mitos son ciertos o no, lo que además me parece algo sensato, ya que cuestionar la veracidad de lo divino es quizá algo que rebasa nuestra capacidad. No obstante, el hombre moderno cuestiona la veracidad del mito y lejos de ocuparse por conocerse a sí mismo, se ocupa en conocer y manipular la naturaleza externa a él.

La actitud socrática de asumir la existencia como la búsqueda de la Verdad, es lo que hizo posible que Sócrates superara ese estado, pero Fedro sigue en el lecho del placer inmediato y fácil, con la única preocupación de aparentar ante los demás lo que sea necesario aparentar, y además, con la necesidad de tomar discursos ajenos y presentarlos como propios, y ahora me pregunto, ¿Es posible que Sócrates realmente haya estado en una situación como la de Fedro?. Pienso que sí, y hay un fragmento del diálogo que a mi parecer da luz suficiente a esa cuestión. Una vez que Sócrates y Fedro se encuentran y llevan a cabo un diálogo, Fedro comienza a decir loas al

discurso de Lysias que versaba sobre el amor. Sócrates parece ironizar un poco en cuanto a la veracidad de tal discurso, y hace sentir a Fedro la necesidad en qué consistió tal tratado, a lo cual, Fedro responde que un excelente discurso hecho por el mejor de los oradores (que según la opinión de Fedro en ese momento, el mejor orador es Lysias), pueda ser aprendido por alguien tan simple como él, y es más, Fedro asegura que tendría para él más valor la posesión de tal discurso, que una gran cantidad de oro. A todo esto, Sócrates le responde: "¡Ah Fedro!, si yo no conozco a Fedro es que me he olvidado de mí mismo" (228^a).

Ya he dicho que la lectura de Platón no puede hacerse literalmente, a la manera en que se lee una novela cualquiera, sino que el nivel interpretativo es más complejo, por lo que la expresión "Fedro, si no te conociera es que me habría olvidado de mí mismo", me sugiere algo más que una simple frase espontánea, evidentemente que el nivel interpretativo de un diálogo requiere más que un simple vistazo de unos ojos acostumbrados sólo a mirar, pues la exigencia es mayor, ya que la adecuada lectura de un diálogo platónico, nos lleva inevitablemente al encuentro con nosotros mismos.

Pensemos entonces en qué quiere decir la expresión de conocer a alguien y no olvidarse de sí mismo. Considero conveniente volver a la frase de Sócrates ya mencionada, parece entonces que la condición que permite conocer a Fedro, es que Sócrates tenga en cuenta lo que él sabe de sí, porque también olvidaría de quién es Fedro. Esto en el sentido de que Sócrates al conocer parte de sí, de cómo reaccionan su alma y su cuerpo ante diversos impulsos, sabe también la manera en la que reacciona el alma humana cuando se enfrenta a lo que pueda disturbar en la búsqueda de conocimiento. Puede preguntarse uno qué es lo que Sócrates sabe acerca de él mismo, y una salida fácil podría ser el ya tan citado (y generalmente muy poco comprendido) "Yo sólo sé que no sé nada".

Me parece que partiendo de saberse él mismo ignorante, está el hecho de que Sócrates busca saber quién es él, pues se tiene a la consideración de sí mismo, tal como lo afirma cuando deja en claro que no le interesa escudriñar acerca de la

veracidad o falsedad de los mitos. Es oportuno señalar que muy probablemente, Sócrates ya había tenido contacto anterior con Fedro, es decir, de algún modo ya lo conocía. Sin embargo, el inicio del diálogo no señala de dónde viene Sócrates en su caminar y tampoco señala hacia dónde se dirige. Considero que el punto importante es pensar de dónde viene. Ubiquémonos en la acción de caminar y para ello, el diálogo mismo nos sugiere algún indicio, y ese es cuando Fedro dice que caminaba siguiendo las sugerencias de Acúmeno, quien era médico. Dicha acción la realizaba Fedro pensando en el beneficio de su cuerpo. Ello puede significar que desde el inicio del diálogo, Platón nos señala que Fedro se ocupa de la salud del cuerpo antes que la del alma, lo que puede interpretarse que no se ocupa del hacer filosófico y esta actitud es contraria a la mostrada por Sócrates no sólo en el *Fedro*, sino en los demás diálogos. Esto puede entenderse que desde el inicio del diálogo, está marcada la diferencia entre el filósofo y el que no lo es. Así pues, mientras Sócrates se da a la contemplación y a la búsqueda de sí mismo, Fedro contempla la belleza de lo físico, empezando por su propio cuerpo, algo que puede ubicar a Fedro como representante del egoísmo exacerbado del hombre moderno, ya que busca su apariencia para seducir y obtener de este modo, placer sexual. Junto a esto podemos decir que la causa de que Fedro se encuentre caminando, es porque el médico Acúmeno se lo recomendó, es claro entonces que la acción de Fedro nace por la influencia de otro, y si trasladamos eso al ámbito discursivo, queda claro desde el inicio que Fedro actúa movido por un $\lambda\omicron\gamma\omicron\sigma$ ajeno a él, pues ya sea Acúmeno, Lysias o el propio Sócrates, Fedro acepta sin objeciones lo que a él le dicen de cómo debe actuar. Esta actitud marca la parálisis existencial de Fedro, pues muestra que su alma carece de Eros para que ésta se mueva por sí sola en su búsqueda por la verdad.

Si trasladamos esto al hombre de nuestros días, podemos ver que en nuestro entorno existen infinidad de manuales con técnicas para el “amor” o la seducción. Esos libracos son entronizados como oráculos eróticos y es tan diversa su existencia, como contradictorio lo que afirman. Y si por un lado se hace patente la confusión entre las nociones de amor y seducción, por el otro, es claro que dichos textos son síntoma de la condición actual del hombre, que al consultar y propiciar discursos tan superfluos sobre

el amor, devela ello que el caminar de Fedro es el mismo que recorre el hombre moderno.

Lo anterior deja claro que lejos de vivir una plena libertad del Eros, nos encontramos en un auge utilitario en el que la experiencia erótica se reduce a la aventura de la seducción sexual y a un consumismo desenfrenado que promete amor, placer y plenitud, pero que hasta la fecha no ha llevado al hombre al encuentro consigo mismo. Conviene citar aquí a Giovanni Reale, que en su libro *La sabiduría antigua*, dice lo siguiente. “El hombre de hoy trata de poner remedio al olvido nihilista del amor con el sexo...El consumismo actual –la mercantilización del sexo- ha ido mucho más lejos: la nada que se revela detrás del exhibicionismo finalizado en sí mismo, no es ya la nada metafísica que indicaba la crisis de occidente al inicio del siglo XX, sino la de una conciencia ya inerte.”³

Parece ser que la omisión respecto a la procedencia física de Sócrates al inicio del diálogo, puede ser un juego de Platón con el fin de que el lector especule acerca del origen del filósofo.

Veamos también que por otro lado, Sócrates tiene siempre una alta consideración a lo divino, y es tal que el diálogo concluye con una plegaria de Sócrates. Es probable que todo esto parezca muy inconexo, y con toda razón puede surgir la pregunta ¿Y todo esto qué tiene que ver con el conocimiento que Sócrates tenga de Fedro?. Mi respuesta es que no es únicamente la experiencia humana la que a Sócrates le ha permitido saber cuál es el estado de Fedro, sino que aún más, su conocimiento de lo divino le ha permitido un tipo de sabiduría sobre algunos misterios mismos de la naturaleza del alma humana, y creo que esto lo demuestra Sócrates cuando se refiere al alma como una carroza tirada por dos caballos, de lo que hablaré más adelante.

³ Reale Giovanni; *La sabiduría antigua (Terapia para los males del hombre de hoy)*; Herder; Barcelona; 2000; p.p. 152.

El diálogo muestra primero que Fedro estaba "convencido" de que el discurso de Lysias era el bueno respecto al amor, y más adelante parece que su "convencimiento" no es tal, sino que asumía como suyo tal discurso porque por sí mismo no sabía qué pensar, y como ya lo dije anteriormente, Fedro ni siquiera se había cuestionado realmente el asunto del amor.

Concentrándonos en otro momento, llega Sócrates y con los primeros argumentos de éste, Fedro cambia de parecer y ahora considera como falso el discurso de Lysias y como verdadero al de Sócrates. Tal cambio de opinión se da en una sola plática en una cálida tarde debajo de un árbol.

Lo que quiero decir es que la "convicción" de Fedro en relación con el discurso de Lysias, duró menos de un día, tomando en cuenta que la tarde anterior fue en la que Fedro conoció el discurso de Lysias. Y ya que Fedro nunca consideró la importancia de la divinidad en el asunto del amor, pues al final de la conversación de Sócrates, hasta acepta la invitación de éste a realizar una plegaria a Pan y a los demás dioses. Entonces, el alma de Fedro no parece estar en esa lucha entre el caballo de buena raza y el caballo de mala raza, quizá, por sí misma el alma de Fedro es incapaz de moverse y necesita ser movida por alguien más, por algo externo, por opiniones que vengan de los demás.

Da la impresión que Fedro tiene (por así decirlo) un gran vacío en su alma, y también parece que tal vacío no le genera conflicto, que está a gusto así, con una existencia cómoda, sin comprometerse con nada ni con nadie. ¿No es ésta una especie de parálisis?. Considero que sí, pues Fedro no es capaz de ejercer decisión alguna por él mismo, no tiene un pensamiento propio, y lo peor es que no parece estar dispuesto a romper con ese modo de existir, y lo que me parece más grave aún, es que parece que ni siquiera se percata de ello. Quizá sea necesario hacer una acotación en este sentido, he dicho que lo peor del asunto de Fedro es que parece no darse cuenta de su estado, aunque aquí partimos del supuesto de que su manera de vivir no le llevará a una plenitud, a una felicidad, un gozo o algún tipo de bienestar, el cual puede obtener al ir por el camino de conocer la Verdad sobre sí mismo, es decir, del autoconocimiento. Sin

embargo, parece que a Fedro no le conflictúa tal modo de existir, aunque el problema de si Fedro puede ser feliz en ese estado, implica dar por sentado un concepto de felicidad. Es interesante reflexionar esta cuestión por sí misma, pero solamente hago la acotación y dejo en claro que no es mi objetivo el profundizar en el tema de la felicidad.

Retomando el asunto de la parálisis de Fedro, hemos visto hasta aquí que a Fedro parece no preocuparle el encontrar o no la verdad de las cosas y sobre él mismo, y hemos visto también que de manera muy continúa cambia de parecer respecto de los discursos de los demás, no de lo que él mismo diga. En esa postura, Fedro es movido a diversas maneras de ver un mismo tema, esto según la voluntad de aquél que se dirige a Fedro. Entonces, Fedro no asume su existencia de acuerdo a una convicción propia.

Creo que desde este punto ya podemos pasar a lo siguiente: Aunado al hecho de que Sócrates sabe lo que Fedro trae por dentro, y ello debido a que quizá en un momento de su vida, Sócrates haya estado en una condición similar, es necesario reafirmar en esta parte, que Sócrates al comprender la necesidad de buscar dentro de sí mismo la verdad acerca de él, esto le permitió superar esa condición de parálisis existencial, y al mismo tiempo quiero señalar que el factor decisivo en la disyuntiva de quedar como Fedro o en todo caso superar como Sócrates ese estado, el factor decisivo por encima de los demás, es lo divino, de lo que más adelante me ocuparé, y por el momento quiero profundizar en el sentido que ambos le dan a la palabra.

3 Palabra y amor. Distinguir entre la actitud egoísta y la de compartir a través del discurso

Ya he mencionado que Fedro usa palabras ajenas y que Sócrates no, parece entonces que la existencia como la comprende Fedro no permite el uso propio de la palabra, o sea, que el ejercicio de la palabra denota si es libre o no. Quizá por ello, Sócrates es quien inicia el diálogo, pues no solamente sabe cómo está Fedro, sino que él puede tomar la iniciativa de la conversación porque él es dueño de su propia palabra. Me parece que aquí ya entramos en un camino de dos vías:

1; El de la libertad y su relación con la palabra

2; La manifestación discursiva del amor

Concentrémonos en el primer punto que puede implicar el problema de si quien usa la palabra propia es capaz de buscar la verdad por él mismo y en ello ejercer su libertad, y en cambio, quien no ejerza su libertad no podrá llevar a cabo su propia búsqueda. Pensemos en qué características puede tener un individuo que no atina a expresar su concepción del mundo y a decir también algo sobre sí mismo con sus propias palabras.

Alguien que se comporta de esa manera es porque carece de un mínimo de seguridad, pero pensándolo en otros términos, cabe la consideración que su manera de ser obedece a su naturaleza misma. En el caso de Fedro, hemos visto que él no dice prácticamente nada, que se limita a asentir lo que los otros dicen, y su única rebeldía es cuando Sócrates se muestra un tanto irónico con el discurso de Lysias, ello provoca el enojo de Fedro y amenaza a Sócrates con golpearlo si continúa burlándose. Esa es toda su rebeldía, reacciona como un primitivo, con golpes y ya. El problema es que cuando se sitúa en el terreno del argumento, Fedro es prácticamente inofensivo, en este sentido, Fedro no tiene palabra, carece de ella. Y si no es claro ello, veamos que lo ilustra, esto se da ubicándonos en los inicios del diálogo, cuando Sócrates descubre que Fedro se está guardando el discurso de Lysias para aprendérselo de memoria,

como dice Sócrates "para entrañárselo", y ¿Para qué memorizar un discurso ajeno?. Viendo la manera de ser de Fedro, se podría pensar que memorizando el discurso, podría ir ante los demás diciendo algo como lo siguiente: "Yo, Fedro, pienso esto del Amor", y comenzar a parlotear sobre el tema, todo esto con el fin de ser reconocido y admirado. Fedro memoriza en lugar de reflexionar y discernir, algo cercano a lo que hoy en día se conoce como un *intelectual*.

Aquí podemos preguntarnos de dónde viene esa necesidad de reconocimiento, si para empezar, Fedro no era un tipo de feo físico, es decir, por lo menos con su apariencia debería de llamar algo la atención, pero parece que no era así, o por lo menos no de acuerdo a las expectativas de Fedro. Quizá represente algún tipo de vacío que no se llena con lo físico. Entonces, Fedro busca en la palabra, pero se da cuenta que no es capaz de exteriorizar su visión del mundo, estoy dando por sentado que tiene una visión, aunque es algo de lo que parece carecer Fedro, pues que éste recurra a discursos ajenos, indica que no tiene nada qué decir por él mismo y por ello recurre a otros, o en su defecto, espera únicamente las preguntas que le hagan para así empezar su diatriba llenas de conceptos ajenos a él. Así por lo que parece, Fedro es incapaz de tomar la iniciativa para comenzar un diálogo él mismo, pues cabe aquí preguntarnos ¿Porqué no comienza él el diálogo con Sócrates?, muy probablemente se deba a esa incapacidad para que él mismo haga uso de su palabra, además si Fedro se encontraba en esa condición existencial de parálisis, es claro que su espíritu estaba imposibilitado para moverse con el fin de iniciar una conversación (en este caso con Sócrates), y sólo el uso autónomo de la palabra de Sócrates permitió iniciar el diálogo y llevarlo a buen puerto.

Considero importante el reflexionar sobre esta cuestión, acerca de porqué Fedro no hace la pregunta inicial del diálogo, y por ende, porqué no es Fedro quien comienza el diálogo. Ya mencioné que este personaje muestra una fuerte necesidad de ser tomado en cuenta, que pese a ser un tipo de buena apariencia física, busca ser tomado en cuenta por los demás de una manera excesiva. Se puede decir que Fedro vive preso de la necesidad de aprobación y reconocimiento de los demás, o dicho de otro modo, Fedro procura los beneficios de lo exterior a él, dejando de lado el aspecto interno o de

lo que damos en llamar las cosas del alma. Creo que es posible afirmar que lejos de buscarse a sí mismo, Fedro vive para el mundo. Esta es la disyuntiva para el filósofo, o se vive para el alma o se vive para el mundo. De la decisión que se tome se va a derivar la postura ante la vida, ante el mundo, ante uno mismo y ante el amor. Con ello, me parece que estoy en la posibilidad de hacer el comentario es quien inicia el diálogo porque es quien pregunta, o sea, que el preguntar denota la tarea del filósofo, y Fedro no la hace porque él no busca, dentro de sí mismo, él busca vivir para el mundo y la aprobación de éste. Visto de esa manera y considerando que el filósofo (en este caso Sócrates) es quien se pregunta por la verdad y la busca, y exterioriza esa búsqueda a través de la palabra, de este modo, Sócrates hace uso de su palabra, de la palabra que a él le pertenece porque es él quien busca. Así pues, considero que este es el acto en el cual Sócrates se muestra como alguien libre, haciendo uso de su palabra, esto no es nada más al hacer la pregunta, sino que también es patente en el segundo discurso de Sócrates acerca del amor, del cual profundizaremos más adelante.

Fedro por su parte, ya vimos que carece de palabra y necesita la de los demás, y así como Sócrates muestra su libertad ejerciendo su palabra, Fedro muestra su vida sometida a las pasiones y a las apariencias, a través de necesitar las palabras de los demás, así como su respectiva a probación.

Me parece que con lo mencionado, ya podemos distinguir al hombre libre de quien no lo es, al que tiene palabra propia y al que no. Sócrates representa a los primeros y Fedro a los segundos; pasemos ahora al segundo punto de este objetivo, que trata sobre la manifestación discursiva del amor en estos dos personajes del diálogo. No obstante, considero importante aclarar que ciertos elementos que ya he mencionado, tales como el porqué Sócrates es quien inicia el diálogo, la relación entre el uso de la palabra y la libertad, la banalidad de Fedro, etc., esos y otros elementos serán tratados con mayor claridad y detalle al relacionarlos con partes concretas del diálogo.

En la elaboración de lo que pretende hacer pasar como su discurso, Fedro se comporta de una manera tal que da la impresión de ser alguien con una falsa alegría o

bien, que estuvo en un banquete de razones, pudiendo entender aquí que así como alguien se sacia de comida y bebida, Fedro se sació de palabras que le fueron agradables al oírlas. Conviene aquí pensar un poco en la homologación entre un banquete de comida y otro de palabras, me refiero a lo siguiente: así como puede haber cierto tipo de comida que sea agradable, ésta puede ser no nutritiva, que sólo proporcione placer o satisfacción inmediata sin reparar en algún beneficio real que el cuerpo pueda obtener de aquello que se come. Así mismo, podemos ubicar palabras que solamente satisfacen el oído pero no nutren el alma. Veámoslo así: un antojo equivale a una adulación en tanto que ambas buscan producir un sabor agradable sin considerar el contenido real y mucho menos el efecto.

Del mismo modo, una adulación no busca el beneficio de la persona adulada, sino que pretende otorgar una satisfacción temporal, un sabor que mantenga de modo efímero cierto encanto, que como tal, pasará sin nutrir el alma de la persona adulada, más aún, la adulación lejos de beneficiar puede ser perjudicial para la persona halagada, pues se le ofrece lo agradable sin que ello se corresponda necesariamente con lo real. También es importante considerar que quien adula busca crear un efecto en la otra persona, de tal modo que el adulator obtenga un beneficio.

Pasando a quien hace los discursos y sabe que lo deseable no siempre se corresponde con lo verdadero ni con lo mejor, pero que aún así ofrece lo que sabe que le conviene que escuchen los demás, así entonces, el hacedor de discursos actúa del modo en que sabe lo que de verdad le es redituable. Aquí es importante el preguntarnos porqué la mayoría de la gente escoge lo agradable sin considerar lo necesario o aquello que de verdad será mejor tanto para su cuerpo como para su alma.

Considero que en esta parte interviene una concepción de la idea de placer, y de modo concreto me estoy refiriendo al placer del cuerpo, o sea, que de acuerdo a lo que vemos en el discurso de Fedro, no importa qué es lo mejor sino qué es lo más deleitable, en este caso al cuerpo. Antes de pasar a este asunto del placer físico, y retomando el tema del adulator, creo pertinente reflexionar un poco acerca del tipo de placer que causa la adulación. Pienso en las consecuencias que trae la adulación en la

conducta del adulado, y en el efecto que esto tiene en el alma del adulator, del que miente.

Generalmente, la adulación tiene un efecto agradable para la persona que la recibe y consecuentemente, que esa misma persona crea lo que se le dice. No obstante, cabría el preguntarnos qué es lo que hace posible que el adulado crea en todo aquello que le dicen,. Una vía para comprender tal situación, es pensar acerca de la ausencia del conocimiento de sí mismo, lo que de algún modo, facilita el trabajo del adulator. Si consideramos la insistencia socrática de conocerse a sí mismo y que en esencia ahí reside el verdadero hacer filosófico, puede pensarse que entonces el filósofo puede no estar tan a merced de la adulación en tanto que en ese constante buscarse a sí mismo, si bien no tiene el pleno conocimiento de quién es, si puede saber al menos quién no es, y ello en sí mismo ya es un conocimiento que lo puede hacer ver las trampas retóricas de un adulator.

Parto ahora de la idea de que la búsqueda de conocimiento, ya implica un movimiento, y ello no implica solamente acción física sino una tendencia del alma para hacerlo. En contraparte, si no se busca, entonces no hay ningún movimiento, y si recordamos un poco, la ausencia o cancelación de la capacidad de movimiento, se llama parálisis, y ¿Cuál es el estado de Fedro?. Lo que quiero decir es que al parecer, para que el adulator tenga éxito, requiere que el adulado se encuentre en un estado de parálisis en su existencia, alguien como Fedro. Por ello, si a través de la adulación se pretende seducir a alguien, es preciso considerar el cuidado que hay que tener en escoger a la seducida, procurando que esta persona carezca de autoconocimiento y de ese modo, sea tierra fértil para sembrar engaños, para alterar. Este planteamiento pudiera llamarse "Arte de seducción", lo que enmarca una técnica acerca de cómo conquistar a alguien. Parece entonces que el arte de seducir trae implícita la cuestión de la adulación, lo que se verá reflejado en su respectivo discurso, que en el diálogo es elaborado por Lysias, aunque en voz de Fedro.

Existe un pasaje en el diálogo que de acuerdo a la trama dramática, una vez que Fedro termina de leer el discurso escrito por Lysias, Sócrates ironiza sobre tal

disertación diciendo sutilmente que estaba repleta de repeticiones retóricas. Fedro se molesta y le pide a Sócrates que haga entonces un discurso mejor. Sócrates accede a ello porque en parte se ve forzado de algún modo (eso lo trataré en el siguiente capítulo), así, Sócrates siente vergüenza por componer un discurso plagado de falsedades, debido a esa pena, Sócrates se cubre la cabeza y le avisa a Fedro que su discurso será recitado con la cabeza cubierta, Fedro le responde: "Tú preocúpate sólo de hablar, y por lo demás, haz como mejor te parezca" (237 a)

Esta es la imagen más fiel de lo que es Fedro y su modo de ver el mundo y en este caso, el amor. Para él basta el hablar bello para quedar bien, y no le importa que los actos estén en discordancia con lo dicho en el discurso. Esto explica la actitud utilitaria de Fedro, para él lo importante es hacer lo que uno quiera. En eso estriba su egoísmo y su falsedad, en hacer solamente lo que a él le gusta sin tomar en cuenta cuán benéfico pueda ser esto tanto para su alma como para la del otro.

Fedro parece regocijarse al creer que su retórica estaba surtiendo el efecto deseado por él en Sócrates, pues parece más querer seducirlo que realmente filosofar con él. Mientras que Fedro vive en la rigidez del discurso escrito, de la palabra inamovible, Sócrates se ubica en la libertad de la palabra hablada, accesible a los demás y dispuesta a ser compartida. En tal grado tenía Sócrates a la palabra hablada, que se cubrió de vergüenza al ser orillado por Fedro a realizar un discurso que por medio de su técnica retórica presentaba al amor como algo malo sin preguntarse genuinamente por la naturaleza de Eros. Después de ese discurso, Sócrates hizo otro en el cual se arrepiente de haber hablado mal del amor en su anterior discurso, y Fedro ya no realizó ninguno, no fue capaz de hacer uso de su palabra más allá de lo escrito por Lysias.

Veamos ahora en el siguiente capítulo el propósito de los discursos que presenta el diálogo.

INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO DOS

En este capítulo reflexionaré acerca de la correspondencia que hay entre el discurso erótico y su reflejo en lo que podemos llamar vida práctica. Para ello, creo necesario recordar que en el diálogo se nos presentan tres discursos que versan sobre el amor.

El primero de ellos es leído por Fedro, pero su autor es Lysias. El segundo lo dice Sócrates, pero lo hace orillado por Fedro y el tercero es también pronunciado por Sócrates, pero movido ya por el genuino deseo de ubicar al amor en la esfera de lo divino, tal discurso fue motivado por una especie de voz interior que Sócrates escuchaba en ciertos momentos. Me refiero al daimon socrático.

De acuerdo al desarrollo dramático del diálogo, cada discurso se presenta en un momento con características muy específicas, pues en el primero, Fedro escondía el escrito de Lysias y al ser descubierto por Sócrates, no le queda más que leerlo. Todo esto ocurre en aquel encuentro frontal que se da entre ellos al inicio del diálogo. Como consecuencia de la lectura de ese discurso, Fedro presiona a Sócrates para que éste haga otro que sea mejor. De tal modo que el primer discurso de Sócrates es antecedido por la acción de cubrirse la cabeza y por el comentario que Fedro le hace en el sentido de que hable ya y no importa lo que él haga, sólo que hable (237^a)¹. Ese discurso parece aprobar lo que Fedro ha leído en el entendido de que es mejor hacerle caso a un no amante en vez del amante, ya que el amor nubla la razón y hace cometer necesidades a quien lo padece.

Pareciera que ahí acaba el asunto y que ambos personajes compartían las mismas consideraciones sobre el tema, pero a punto de retirarse del lugar en donde se encontraban, Sócrates escucha la voz de su daimon y se percata que ha hablado mal del amor, por lo que se siente en la necesidad de hacer otro discurso en el que pida perdón por tal acción y que consecuentemente, ubique a Eros en la esfera de lo divino.

¹ Platón; *Diálogos*; Gredos; España; 2000.

Un mero resumen de esta parte del diálogo parece carente de profundidad reflexiva, sin embargo, si atendemos a la observación e interpretación de los discursos y lo que es también el entorno dramático, podemos obtener algunos elementos que plasmen cuál es el tipo de relación que existe entre el discurso y su práctica erótica.

Sobre ello gira este capítulo.

CAPÍTULO DOS

1 El discurso y la práctica. Profundizar en la relación entre discurso, verdad y placer inmediato

Al señalar que a Fedro le interesa el hablar sin considerar lo que uno haga, pude hallarse implícita la cuestión de la correspondencia entre la teoría y la praxis. Esto lo señalo porque podría pensarse que se me escapó tal aspecto filosófico, pero no es así, lo que es importante aclarar es que no me avocaré a profundizar sobre este asunto, porque me llevaría a un derrotero distinto al del amor. Ahora, en lo que se refiere a la relación entre discurso, verdad y placer inmediato, considero pertinente hacer una reflexión acerca del discurso de Fedro para que posteriormente lo contrastemos con el primer discurso que hace Sócrates y veamos con claridad qué elementos tienen en común y cuáles no, a fin de que lleguemos a la conclusión de que ambos no toman en cuenta a Eros como un don divino.

En el primer discurso de Fedro no hay ni siquiera un esbozo que se ocupe en comprender la génesis de Eros, pues aunque según Fedro el discurso versó sobre el amor, no hay una sola mención a él en tanto que busque comprenderlo, lo que se nota en cambio, es una apología del no amante, esto es, que Fedro da por sentado que el amor altera el buen juicio de quien lo padece y que por ello, lo mejor es entregarse a quien actúe guiado por la razón y no por la locura que le produciría el amor. A simple vista, el planteamiento parece persuasivo debido a que su conclusión nos orilla a asentir que lo mejor es ser razonables y hacerle caso a tal señalamiento. De ahí en adelante, aquel que se conduzca por el amor, será señalado como alguien carente de razón, lo que comúnmente se denomina loco. En nuestros tiempos, el término romántico es usado de modo peyorativo para señalar a alguien que según los ojos de los demás, plantea sueños quizá deseables, pero irrealizables.

En lo que concierne al discurso de Lysias, me parece ingenuo creer que éste omitió por error la búsqueda de la comprensión del amor, más bien parece que

deliberadamente no existía la intención de hablar del amor, lo que se quería era justificar la búsqueda de placer sin compromiso y disfrazar tal justificación con el nombre de discurso que versa sobre el amor.

Regresando al punto de la relación entre el discurso y el actuar de Fedro, es evidente que la planeación que éste hace, indica que actúa con frialdad, actúa pensando en cómo obtener lo que quiere, razona lo que hace, y al pensar lo hace desde su condición humana, a diferencia de lo que ya se ha señalado de cuando se actúa inspirado por lo divino. Así que Fedro actúa como el seductor que ya sabe lo que quiere lograr y calcula sus acciones en pos de obtener su satisfacción.

La sutileza aquí es importante, en tanto que la estrategia de seducción se corresponde con la capacidad del seductor y con la valía del seducido. En un bajo nivel de seducción basta un gesto para lograr el fin, pero en otro nivel, la elaboración del tejido sensual debe ser más detallada en el sentido de que se busque alterar el cuerpo y el alma del seducido, y una herramienta para lograr tal alteración, es la palabra. Aquí viene un problema fundamental de la postura que adopta Fedro, tomar a la palabra como un elemento decorativo de un discurso, sin pensar en la búsqueda de lo verdadero y sin preocuparse por el respeto que merece la palabra. Cuando Sócrates utiliza la palabra para mentir, se cubre la cabeza por vergüenza, y cuando Fedro miente por medio de la palabra, sigue igual, sin que el hecho de mentir sobre el amor y hacerlo por medio de la palabra, le afecte. Esta manera diferente de asumir la palabra, parece reflejar los modos de ser del filósofo y del sofista.

Creo conveniente hacer aquí el señalamiento de que Fedro es consciente de que para seducir necesita mentir, y esa necesidad me sugiere la idea de que Fedro se sabe en una especie de parálisis de su alma. Pensemos en la persona que únicamente busca expresar amor sin preocuparse en si va a ser correspondido o no. Al decir solamente lo que siente, no hay necesidad de mentir, pues solamente se está mostrando un sentimiento. En cambio, si el seductor miente, quiere decir desde luego que lo que él dice sentir no es así en realidad. Desde mi perspectiva, la no correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace, crea un vacío en el alma o un

estado de parálisis como el que padece Fedro, recordemos la frase que Fedro le dice a Sócrates y que ya hemos mencionado en párrafos anteriores: “habla, en lo demás haz lo que quieras”. Parece entonces que el Arte de seducción consiste en hacerle ver a alguien sentimientos en donde no los hay. Renglones atrás hablé de la sutilidad y ésta debe aparecer para disfrazar la mentira, pues el seductor no puede mentir de modo tan evidente, necesita convencer a la otra persona de que aquello que el seductor le dice, es lo mejor o simplemente lo verdadero.

Quizá un poco de mentira haga más interesante la relación entre seducido y seductor, y habría que ver hasta qué punto el seducido necesita de la mentira, aún sabiendo que precisamente se le miente a él. Relacionemos este asunto con la cuestión de la sutileza en el discurso de Lysias que presenta Fedro. Por sutileza discursiva entiendo la casi imperceptible manera en la cual se presentan falsedades que persuaden de ser cosas ciertas, como por ejemplo, el inicio del discurso de Lysias (leído por Fedro), parte de un supuesto que dice “De mis asuntos tienes noticia y has oído, también, cómo considero la conveniencia de que esto suceda” (231^a), aquí la sutil trampa consiste en que partiendo del supuesto en que mi interlocutor conoce cosas de mi vida y mi postura ante ellas, lo ubico en la órbita discursiva deseada. Me parece que esto refuerza lo que ya expuse anteriormente en relación con el discurso hecho con letra escrita, y lo digo porque si se busca que la sutileza del discurso surta efecto, éste debe ser pensado en relación con el oyente de ese discurso, o sea que la efectividad del discurso se circunscribe a las características del receptor y a sus circunstancias. Por ello he dicho que en este punto se relaciona esta cuestión de la sutileza discursiva con las características del seducido. Por ejemplo, si yo sé que alguien está carente de afecto, le dirijo un discurso que hable sobre la necesidad de recibir amor, y además, debo esperar el momento adecuado para que mis palabras sean bien recibidas, pues no tiene sentido hablarle a alguien de amor en voz baja y sugerente, en medio de una batahola. Además, el que habla debe mostrar seguridad en lo que dice, algo de lo que Fedro careció, pues por la ya mencionada parálisis de su alma, no tiene la capacidad de asumir convicciones y a Sócrates no le costó trabajo el hacer que Fedro cambiara de opinión, así como seguramente al que siga después de Sócrates, no le costará trabajo el volverlo a hacer cambiar su manera de “ver” las cosas.

Eso es en lo que se puede ver como las características de un seducido por un discurso, ahora regresemos al asunto de las circunstancias que deben rodear a un discurso, y para ello, pensemos un poco en la trama dramática del diálogo, concretamente en el aspecto de que para hablar del amor, vayan a un paraje solitario, fuera de la polis.

En la mayoría de los diálogos, la trama se desarrolla en un ambiente público, en la plaza principal de la polis, en un gimnasio o en algún otro lugar, pero en el *Fedro*, los personajes se encuentran fuera de la ciudad, es decir, se encuentran alejados de los demás, y todavía se alejan una mayor distancia, pues se van al vado del Iliso. Superficialmente podemos pensar que Platón ubica la acción en una atmósfera de intimidad, acorde con el tema del amor. No obstante, es necesario recordar que no podemos quedarnos en la lectura literal y superficial, así que el hecho de que la trama del *Fedro* se desarrolle fuera de la polis, significa algo más que propiciar una atmósfera intimista, para mí, eso puede indicar la dificultad del trabajo del filósofo en la polis, pues si consideramos que el amor es un don divino, no todos están dispuestos a asumir tal búsqueda, y en su lugar denostan dicha tarea, por lo que sólo el filósofo que en el diálogo es personificado por Sócrates, es quien muestra su respeto y amor por la verdad y por lo divino, pues pidió perdón cuando atentó contra éstos. Tales aspectos pueden sugerir la dificultad de la relación entre la polis y el filósofo. Es tarea del lector el reflexionar sobre esta pregunta, por mi parte, sólo añado que la propia experiencia del juicio y la condena de Sócrates, puede hacer notar no solamente la difícil relación entre polis y filósofo, sino la poca disposición de la primera por buscar y amar la verdad.

Consideremos ahora que la ambientación del diálogo (el ir fuera de la ciudad) puede denotar también el intento de Fedro por seducir a Sócrates, al llevarlo a un lugar cómodo y cálido. Como cuando se busca seducir a alguien y se le lleva a una cena romántica o a algún lugar que busque impresionarla y darle una imagen (falsa o verdadera) de lo que es uno. Así pues, parece que Fedro al guiar a Sócrates, busca seducirlo. Es importante recordar que Fedro lleva un discurso escrito y que como ya dije, la rigidez de la palabra escrita hace necesario adecuar las circunstancias a lo que dice tal discurso. Me parece entonces que sí es válido pensar que Fedro estaba

preparando el momento para seducir a Sócrates. Cuando toque el aspecto del segundo discurso de Sócrates, reflexionaré sobre este asunto de Sócrates como un posible seducido.

Ahora veamos las características que puede tener un seducido, y cómo Fedro busca aprovechar esas características con juegos retóricos de su discurso.

2 ¿Seducir o enamorar? Distinguir con base en la actitud de Fedro la diferencia entre seducir o dar amor como una manifestación de lo divino

En esta reflexión hablaré del seducido en relación con el seductor. Es evidente que para el seductor, el seducido posee algo que le llama la atención o que lo hace ser atractivo, así que el seducido parece tener al menos una cualidad atractiva, ya sea física. Intelectual o espiritual. Desde esta consideración creo que es posible afirmar que el efecto de tales atributos va a dirigirse a dos tipos de hombres:

- 1) El amante
- 2) El seductor

El rasgo esencial que los distingue es que el primero recibe el impacto de la experiencia erótica, la cual es superior a la voluntad humana y busca el beneficio tanto del amado como del amante, y en un momento dado, el amante busca expresar su amor para compartirlo, o si ello no es posible por falta de disposición del amado, al menos busca expresarlo sin forzar a nada al amado y respetando su libertad de corresponder o no al amor que el otro siente por él. Por otro lado, el seductor no tiene la experiencia erótica en tanto que ésta es un don divino para beneficio tanto del amado como del amante, lo que él sufre en cambio, es un mero apetito sensual que lo lleva a buscar la manera de satisfacer sus deseos y quizá al mismo tiempo, obtener toda clase de favores del seducido.

Aunque esta querencia corporal le atrofie el juicio, el seductor se mantiene en el rango de la voluntad humana, puesto que si se hallara en concordancia y disposición de seguir la voluntad divina, obraría en busca del máximo bien para los dos, y por lo tanto, buscaría vivir en la verdad. Empero, en este caso no es así, y puesto que el seductor siente la necesidad de saciar ese apetito que le invade al ver o al pensar en el probable seducido, este primero se comporta de manera tal que sus acciones le lleven a obtener el placer deseado, y para ello, el seductor observa, estudia y actúa de un modo calculado, básicamente todo lo que hace o dice frente a aquél que desea, lo ejecuta habiendo planeado ya un efecto.

Toda esta planeación parece un frío cálculo, o mejor dicho, lo es. De tal modo que el seductor opera según su propia voluntad y no de acuerdo a lo que sería la voluntad divina. Aparte de todo, al seductor no le importa mentir con tal de lograr su propósito, la Verdad no es un tema que a él le preocupe. El seductor podría homologarse como un cazador, en tanto que así como a este último solamente le interesa obtener el trofeo deseado sin considerar la posible alteración que su obra cause en el equilibrio natural, así entonces, al seductor únicamente le interesa tener su objeto de deseo sin tomar en cuenta el perjuicio que ello pueda tener en la otra persona.

El seducido por su parte debe ser alguien que no tenga un conocimiento de sí mismo, es decir, que sus virtudes o lo que lo hace atractivo, le sea desconocido a él mismo. El seducido no considera que tenga un valor por sí mismo y siente que el seductor sí lo valora, a diferencia de los demás, mientras que el seductor adquiere su valor desde el grado de sus conquistas como un logro. Quizá en el fondo, la relación entre seductor y seducido sea una relación de seres vacíos. He mencionado que el seducido es alguien que no ha tomado el trabajo de conocerse a sí mismo y debido a tal desconocimiento, no se percata de las cosas atractivas que hay en él y en cambio, sí ve lo atractivo en el seductor.

Pensemos ahora en la posibilidad de que el seducido sí conozca lo que lo hace atractivo ante el seductor, pero aún sabiendo que le es atractivo al otro, este seducido finja ignorar que conoce que le atrae al seductor, y desde esta falsa ignorancia, el seducido se deje caer en las manos del primero. Si lo hace así, desde esta falsa ignorancia, pudiera ser que el seducido se convirtió en seductor en tanto que fingiendo no saber sus encantos, los puso cerca y a disposición de quien los quería, y por su parte, el considerado seductor vive en la creencia de que su “presa” cayó en las redes tendidas por él, y muy probablemente fue al revés, es decir, el seductor siguió el camino que el fingido seducido le marcó. Parece entonces que la frontera entre seductor y seducido es muy difícil de establecer, y quizá el conocimiento y uso de los propios encantos físicos, pueda marcar la diferencia. Pido atender con cuidado mi afirmación, pues estoy hablando de conocer sus encantos físicos, no del conocerse a sí mismo,

pues lo primero solamente nos ubica en el aspecto superficial, mientras que lo segundo es otro plano muy distinto, y en el autoconocimiento no hay seducción sino búsqueda.

Sea pues que se usen o no los encantos físicos, en la relación entre el seducido y el seductor, lo común entre ellos es el desconocimiento de sí mismos y la búsqueda de lo placentero y fácil, de obtener las cosas de manera inmediata, y a todo ello, hay que agregarle que viven para los demás, pues al vivir de las apariencias, buscan la aprobación del exterior y curiosamente, como no saben realmente lo que los satisface, buscan la satisfacción en la aprobación de los demás. En este punto, es claro que no buscan la verdad, no es de su interés el vivir en ella. Este carácter de no preocuparse por lo que sea verdadero, explica el porqué el discurso elaborado por Lysias y portado por Fedro, es decir, al vivir preocupado sólo por lo aparente, Fedro busca acomodo en un discurso lleno de retórica y vacío en cuanto contenido real. Tal discurso surte efecto solamente en determinadas circunstancias.

Precisamente, enlazemos ahora este asunto de la relación entre seductor y seducido con el tipo de ambiente que rodea el encuentro entre Fedro y Sócrates. Con los elementos anteriormente dichos, me parece posible afirmar que Fedro busca situarse como seductor, y para tal fin, sabe de sus virtudes físicas y las explota (recordemos su oficio de sexoservidor), lo que necesita ahora es seducir también por la palabra, pero ya vimos que por sí mismo no puede debido a su estado de parálisis, así que recurre a un discurso hecho por otro, en este caso, Lysias. Tal discurso no nada más es ajeno, sino que también presenta un carácter rígido por estar hecho de palabras escritas, esto implica que la efectividad de dicho discurso, depende en parte de las circunstancias que rodeen al hecho de hacer uso de él. Así entonces, parece impensable que por muy buen orador que uno sea y por muy bien que esté estructurado un discurso, si las circunstancias no son las adecuadas, el proyecto discursivo no tendrá éxito, así que de acuerdo a la trama dramática del diálogo, el hecho de que éste se realice fuera de la ciudad, pudiera implicar que Fedro buscó las circunstancias adecuadas para seducir a Sócrates, y puede significar también otras tantas, como la relación entre el filósofo y la polis, algo que ya mencioné con anterioridad. Cuando digo que el diálogo ofrece variadas interpretaciones, debemos recordar que Platón no ofrece

respuestas concretas en sus diálogos, sino que el lector debe trabajar dentro de sí con aquellas cuestiones que observe y le llamen la atención. En este caso, expongo mi interpretación.

Creo cierto que el ambiente puede favorecer o no un encuentro en vías de ser un encuentro amoroso, pero buscar que el ambiente incida excesivamente en el alma de aquél a quien se busca convencer, puede denotar cierta incapacidad de la persona que ejerce el papel de seductor, pues busca que elementos exteriores hagan lo que a él le corresponde hacer y no sabe cómo. Podemos también hacer consideraciones acerca de que es Fedro quien guía a Sócrates a un lugar cómodo y debajo de un plátano, esto es, se puede especular de lo que implica hablar del amor en un lugar cómodo, pudiendo interpretar esto como un reflejo de la comodidad y placer que busca Fedro en su manera de entender el amor; y así se podrían seguir interpretando estos aspectos del desarrollo dramático del diálogo. No obstante, esta situación nos llevaría a una reflexión extensa que al mismo tiempo, nos haría desembocar en otros temas, así que considero más conveniente centrarnos en el aspecto del ambiente en tanto un elemento retórico en la seducción, para dar paso luego a aspectos concretos del discurso de Fedro.

Ya he hecho mención que el seductor busca obrar de tal manera que altere tanto el cuerpo como el alma del amante, estoy partiendo de la idea de que el alma existe, aclaro ello y no es interés de esta tesis el especular acerca de la existencia del alma.

Así entonces, el seductor (que en este caso es Fedro) procura combinar el aspecto de la imagen con la palabra. Me parece que la cuestión visual puede ir dirigida en dos sentidos:

- 1) La apariencia física del seductor
- 2) La decoración del exterior

Nótese que en ambos casos nos ubicamos de lo visible, y más aún, en el de la voluntad humana, pues el hombre es quien calcula y planea sus acciones de seducción, y como ya he mencionado en párrafos anteriores, cuando el hombre actúa movido por la divinidad, tal inspiración supera su voluntad, su pensamiento y sus fuerzas.

Ocupémonos pues de la apariencia física del seductor, para este fin, partamos de la consideración de Fedro, quien era un tipo de físico atractivo. Aun con ese aspecto físico, Fedro acude a que le hagan discursos. Hay algo entonces que la apariencia no logra darle, digamos que pese a ser guapo, Fedro no confía en sí mismo. Esta observación nos ubica en la distinción de verse bien y estar o sentirse bien, aunque es prudente decir que no todos los que se vean bien por fuera, estén mal interiormente. Quizá sea genuina la necesidad de obtener cierto reconocimiento de los demás, pero una cosa es recibirla espontáneamente y otra cosa es buscarlo. Quien procede de esta última manera, evidencia una no correspondencia entre un aspecto bello y un estado del alma que no vive en la belleza, y quizá esto nos indique que Fedro parece pleno por fuera (a los demás, pero no así a Sócrates, pues recordemos los probable motivos por los que éste realiza la pregunta inicial a Fedro), pero que está vacío por dentro, o bien, que Fedro es bello por fuera y feo por dentro, al contrario de Sócrates, quien es feo por fuera pero bello por dentro.

Si trasladamos esta reflexión a la figura del seductor en sí, podemos afirmar que su necesidad de seducir se corresponde con un alma fea, lo que contrasta totalmente con el aspecto bello y atractivo del seductor. Esto es, que si la apariencia del seductor inspira confianza, honestidad y altruismo, en su alma habitan la desconfianza, la deshonestidad y el egoísmo. Lo que se ve no se corresponde con lo que es. Desde este punto, parece que entre más énfasis se ponga en la apariencia, más es el descuido hacia el alma, y el diálogo muestra muy claro este aspecto al trasladarlo al terreno del discurso, pues en el de Fedro es lo retórico lo que importa y no lo verdadero. Eso lo veremos en breve.

En esta consideración de la apariencia física del seductor y la poca o nula atención al alma, es de preocupar el auge que hoy en día se le ha dado a la belleza física, que impone modelos estéticos caprichosos cuyos efectos terminan siendo patológicos, pues obligan a recurrir desde la cirugía hasta regímenes alimenticios obsesivos (llamados dietas) y ejercicios físicos que atrofian el cuerpo antes que propiciar su salud. Pareciera ser que es la visión de Fedro la que se está imponiendo, pues esta búsqueda de belleza física no tiene como fin la salud del hombre, sino que el

vehículo del atractivo persigue un fin utilitario. Al igual que en el discurso de Fedro, hoy no se busca la comprensión del amor ni la del hombre, pues ni siquiera la gente se preocupa por el sentido de tales preguntas. Ni se hable de la preocupación por lo divino. Es muy significativo que antes lo que más se construían eran iglesias, y hoy, son gimnasios o lugares que trabajan el aspecto físico. No apelo a ninguna religión en específico, sino señalo un síntoma de lo que a mi juicio muestra el desinterés por el alma y en cambio, la preocupación por lo exterior, representado por el cuerpo. Es claro que en la Atenas de Sócrates había gimnasios, sin embargo, se procuraba armonizar la salud del cuerpo con la del alma, cosa que hoy no se da. Considero probable que actualmente es mayor la cantidad de gente que se inscribe a un gimnasio o a un lugar de belleza física, que aquella que ingresa a algún culto religioso o a un estudio filosófico, o mejor aún, a combinar ambos aspectos.

Me parece entonces que la necesidad del seductor por procurar su apariencia física por encima de asimilar el amor desde su alma, denota un interés pragmático y despreocupado por lo bueno y lo verdadero. Ya he mencionado que la seducción busca alterar el cuerpo y el alma del probable seducido, así, me parece que la preocupación del seductor por tener una imagen atractiva, obedece a la intención de despertar los apetitos sensuales del seducido al ofrecerle un cuerpo bello. Pensemos ahora en que ese cuerpo que busca causar un efecto en el otro, se halla en un ambiente determinado, es decir, no concibo que un cuerpo por más atractivo que sea, despierte apetencias en un basurero. Es menester entonces que la circunstancia favorezca a la intención, y para tal fin, en el camino de la seducción se necesita que el seductor para hacerse apetecible, se ayude un poco de las circunstancias. Favorecer el entorno de la seducción ayuda entonces a que la apariencia se muestre apetecible o convincente. Podemos ejemplificarlo con la seducción de un político, que para ganar simpatías no basta sólo su carisma, sino que es necesario presentar el entorno de tal manera que él parezca ser el salvador o el hombre indicado para tal función o momento.

En el diálogo, es curioso que la trama dramática no se realice en la polis, sino en las orillas de ésta y más aún, que todavía se alejan más. El posible sentido que puede tener esta situación, es, como ya mencionamos, que refleje la relación entre el filósofo y

la polis; es necesario considerar la problemática de tal relación y para ese fin, el lector puede leer el diálogo y reflexionar al respecto, ya que de hacerlo en este espacio, nos iríamos por un camino distinto al del amor, además, aunque sea breve, pero he mencionado esa cuestión. En lo que es nuestro tópico, creo que vale la pena señalar que a Fedro le atrajo un lugar muy cómodo para hablar del amor, de hecho, Sócrates se lo hace notar de modo enfático (230c).

Si se quiere, recordemos el manejo del lenguaje que hace Platón para señalar la parálisis de Fedro. Literalmente tal asunto no se puede ubicar en el diálogo. Todo esto lo digo por lo siguiente: desde esta consideración me baso para decir que mi interpretación de esta parte del diálogo en la que Fedro guía es que creo que es posible homologar la preferencia de Fedro por escoger un lugar cómodo para hablar del amor, con lo que es su postura al respecto, que consiste en no buscar en sí qué es el amor, y en cambio, utilizar su nombre para lograr placer fácil y sin asumir ningún compromiso. Ahora bien, por otro lado, si eso es lo que busca Fedro, ¿A dónde llevó a Sócrates?. No me refiero a un dónde físico, sino más bien me parece que Fedro busca seducir a Sócrates, pues el mismo Fedro al verse descubierto por Sócrates de que escondía el discurso de Lysias, el mismo Fedro le dice a Sócrates que echó por tierra la esperanza de ejercitarse con él, ¿Cómo entender aquí el ejercitarse?. Lo entiendo como que Fedro deseaba poner en práctica los recursos que Lysias plasmó en el discurso que hizo, es decir, Fedro quería obtener la habilidad necesaria para la seducción por la palabra, algo de lo que de acuerdo a la trama, él carece. En nuestros días esto sería el equivalente a alguien que consulta un manual de cómo ser seductor, y procurara llevar a la práctica los postulados de ese manual, dejando así al descubierto la propia incapacidad de esa persona en tanto que no puede transmitir su influjo erótico, y considerando que la experiencia erótica es divina, así pues, quien busque en el exterior las maneras de expresar su Eros, se halla lejos de la divinidad, del conocimiento de sí mismo y más cerca de entender el amor como un placer utilitario y fácil. Antes de comenzar a entender al amor como una expresión divina, conviene hacer patente el modo en el que el discurso de Fedro busca envolver a su oyente, para tal fin, tomaré algunos aspectos de ese discurso y los entrecomillaré cuando los escriba de manera textual de acuerdo a la versión del texto platónico que poseo.

Para comenzar, creo necesario reflexionar sobre el inicio mismo del discurso de Fedro, cuyo fin es mostrar que es mejor preferir a alguien que nos pretenda sólo por deseo, a alguien que lo haga por amor, y cuyo inicio dice así: *“De mis asuntos tienes noticia y has oído, también, cómo considero la conveniencia de que esto suceda.”* (231^a).

Hasta ahí es el primer párrafo, y quiero centrarme en la palabra “conveniencia”, lo cual ya me sugiere la intención de obtener un beneficio en lugar de amar verdaderamente.

Considero que el hecho de hacer mención a la palabra “conveniente”, ya trae implícita una carga de pragmatismo, esto es, que se omite lo bello de la experiencia erótica para poner el énfasis en lo que en el aspecto práctico puede traer mejores dividendos al interés momentáneo. Al decir aspecto práctico, me estoy refiriendo a que en la postura de buscar lo conveniente, se ubica al amor como un mero recurso discursivo que permite obtener lo que en ese momento se desea. Me parece muy oportuno relacionar estas nociones del concepto de conveniencia con otra parte del discurso de Fedro en el que se hace aún más clara esa idea. Recordemos que eso lo escribió Lysias pero lo lee Fedro, tal parte dice lo siguiente: *“Por cierto, que, si entre los enamorados escogieras al mejor, tendrías que hacer la elección entre muy pocos; pero si, por el contrario quieres escoger, entre los otros, el que mejor te va, lo podrías hacer entre muchos. Y en consecuencia, es mayor la esperanza de encontrar, entre muchos, a aquel que es digno de tu predilección.”* (231d).

Creo que esto aclara mis afirmaciones anteriores en el sentido de que la búsqueda de lo conveniente, excluye el interés por lo que es mejor. Es claro que es mucho más fácil buscar lo conveniente (entendiendo esto como lo fácil y placentero), que aquello que es realmente mejor.

Esta disyuntiva de escoger ya sea lo mejor o lo conveniente, denota en el fondo la consideración que se tenga de la idea de placer, y al aceptar como un problema el

realizar esta elección entre estos dos elementos (lo mejor y lo conveniente), subyace también el peso que se le atribuye a la noción de placer en tanto que ésta tiene que ver con la corporalidad. Es decir, dado que la idea de placer está más comprendida con lo sensual, esto hace más difícil el camino hacia lo mejor en tanto que esta noción se comprende como más cercana al alma, y la dificultad estriba en que los placeres del cuerpo son más evidentes que los del espíritu. Así entonces, el concebir el placer como lo meramente corporal, nos hace ver que de esta manera, nos ubicamos en lo superficial, en lo que se ve a simple vista. Por otro lado, entender el placer como algo espiritual, requiere que la visión que se tenga de éste, sea de tal manera que vaya más allá de lo que es visible, y así, estemos en posibilidad de amar a las ideas y todo aquello que beneficie al alma. Pudiera pensarse que si únicamente se tiene la mirada puesta en lo exterior, la noción que se tenga del placer, será la corporal, y así no hay posibilidad de elegir entre lo mejor y lo conveniente, ya que para hacerlo hay que tener en cuenta a las dos nociones de placer, y teniendo sólo ojos para el placer físico, no hay posibilidad de elección dado que no se tendrían claras las dos nociones, y además, el peso del placer físico es abrumador para quien no se ocupe del alma, y termina siendo arrollado por lo corporal. Así, no hay elección, puesto que una persona que sólo atiende a lo físico, es presa de los arrebatos del cuerpo.

Desde estas consideraciones, podemos afirmar que el comportamiento de Fedro y el hecho de utilizar un discurso plagado de retoques retóricos, ilustra a una persona que vive en lo superficial y que es incapaz de ver lo que se refiere al alma, por lo que se puede colegir que Fedro en realidad es incapaz de escoger entre lo mejor y lo conveniente, y no puede moverse en busca de otras concepciones del amor, pues recordemos que existencialmente vive en un estado de parálisis, y dado que él no se mueve por sí mismo, es movido por las pasiones. Para continuar con esta idea de lo “conveniente”, creo que es importante señalar que este concepto de conveniencia es algo que enfatiza el discurso de Fedro. Si recordamos aquel momento de la trama dramática en el que Fedro le dice a Sócrates que la conversación en casa de Lysias desembocó en asuntos del amor, y si vemos el discurso que porta Fedro, creo que sería más acertado decir que tal discurso lejos de ser sobre el amor, es un discurso sobre la conveniencia.

Atendamos ahora a este aspecto desde su consideración discursiva misma, es decir, ya que Fedro enfatiza en que lo conveniente es lo que se debe considerar en una relación, es oportuno ver cómo es la manera en la que Fedro va presentando esa afirmación.

Fedro comienza diciendo que si se deben hacer favores, que no sea a aquellos que están colmados de bienes, sino al contrario, a aquellos indigentes que no tienen nada; pues al ayudarlos a liberarse de ese mal máximo de no tener nada, máximo será también su agradecimiento (234^a). Aquí, ya es claro que Fedro no piensa en ayudar desinteresadamente, sino que lo hace buscando el máximo agradecimiento por su acción. Esto nos ubica en la dinámica de dar esperando recibir algo a cambio, lo que constituye un planteamiento utilitario. El interés que se tenga por el otro es en la medida en que se beneficie uno mismo, lo que al final de cuentas se traduce en la preocupación por uno mismo, y de la misma manera, esa postura nos sigue ubicando en el ámbito de la apariencia o lo superficial, pues la apariencia indica que alguien se ocupa en ayudar a los demás desinteresadamente, mientras que en el fondo, se es una persona que piensa sólo en sí misma.

Más adelante, Fedro cambia su argumento y afirma que ni siquiera se debe ayudar a quienes más lo necesiten, sino a aquellos que lo pueden agradecer más y mejor, y a los que tengan algo antes que a los pedigüños. Ya aquí es evidente el interés utilitario que Fedro tiene y que intenta disfrazar de altruismo. Me parece sorprendente que aún con estas afirmaciones tan claras a favor de lo utilitario, Fedro le haya dicho a Sócrates que éste era un discurso sobre el amor. Un aspecto importante que hace patente este proceder de Fedro, es la relación entre el discurso y su portador; para hacerlo más claro, me parece que la manera de actuar de Fedro, junto con lo que dice, apunta en dos sentidos:

- 1) La seducción
- 2) El desprecio por la Verdad y su inclinación por lo utilitario

He mencionado que existe una diferencia entre el expresar amor y el seducir. Creo que ha quedado claro que hacer patente un sentimiento, no implica engañar a la otra persona o forzarla a algo, sino que al contrario, si pensamos en que ese sentimiento es el amor, entonces se busca el beneficio tanto del amado como del amante, lo que significa también que si es necesario, tanto la distancia como la cercanía, pueden ser elementos de la experiencia erótica, considerando que el amor busca el bienestar de ambos y eso incluye el factor de respetar la decisión de la otra persona, esto es, que el amar no significa transgredir al otro. También he mencionado que el amor implica buscar lo que es verdadero, situación que exige ver más allá de lo meramente sensorial, en tanto que el seductor se ocupa más de lo que sea efectivo a su fin de lograr la querencia de alguien y junto con ello, la preocupación por lo superficial, desde un cuerpo apetecible hasta un discurso que parece verdadero pero sin serlo.

Ya sea por la palabra o por la apariencia, el seductor procura engañar al probable seducido, al que abandona toda vez que ha dejado de serle útil en su búsqueda de placer. De este modo, al buscar seducir procura también lo que le es conveniente para el cuerpo de modo inmediato, pues aunque también se puede buscar lo conveniente para el alma, hacer esa búsqueda implica una labor que requiere paciencia, la que a su vez necesita dominio de sí mismo, lo que exige un mínimo de autoconocimiento, lo que implica buscar la verdad acerca de uno, y buscar es moverse, y Fedro (que representa a un seductor) no se mueve por sí mismo, sino que es movido por sus pasiones, por ende, no busca la verdad, no le importa conocerse a sí mismo, no se domina, no tiene paciencia y por lo tanto, no busca lo conveniente para el alma. No debemos dejar de enfatizar en que para Fedro, lo importante es verse bien y decir cosas que suenen bien y den resultados, pues para él, lo importante es hablar y en lo demás, hacer lo que uno quiera. Presenta la incongruencia de hablar del amor, pero en realidad desea solamente una relación ocasional con Sócrates. Ahí entiendo yo el sentido utilitario de Fedro.

3 Resistir a un seductor. Aclarar si Sócrates fue seducido por Fedro y por ello hizo un discurso falso y atentó contra Eros como don divino

Considerando lo anterior, lo que quiero decir ahora es lo siguiente: Con sus actitudes, desde llevar a Sócrates a un paraje solitario para “ejercitarse con él” (dicho esto por el propio Fedro), hasta forzar a Sócrates a hacer otro discurso sobre el amor, este tipo de acciones me parecen significativas en tanto que me sugieren la idea de que Fedro buscaba seducir a Sócrates, y no lo digo únicamente por el hecho de que Fedro haya llevado a Sócrates a un paraje solitario, sino más bien, por forzar a Sócrates a hacer otro discurso sobre el amor, tomando en cuenta que la transgresión de la libertad es un recurso del seductor y no del amante. No estoy diciendo que Fedro ame a Sócrates, sino que al contrario, parece que intenta seducirlo. Esta seducción la ubico en dos niveles:

- 1) Física
- 2) Intelectual

En lo que es la primera, pienso en la trama dramática del diálogo, y en mi interpretación concibo a Fedro como un hombre más joven que Sócrates y además muy atractivo, pensemos ahora en que alguien con esa belleza física invite a otra persona (en este caso a Sócrates) a hablar del amor en un paraje lejano y solitario; el imaginar esa escena me sugiere que por un lado yace un joven bello cuyo trabajo es seducir, y por el otro, a Sócrates, quien desde luego no es indiferente a las reacciones del cuerpo, pero que representa la búsqueda filosófica por las verdades del alma, partiendo del conocimiento de sí mismo.

Así entonces, mientras Fedro está a la espera de satisfacciones corporales, en Sócrates luchan el instinto y la razón. Sócrates lucha por no ser dominado por los deseos del cuerpo, y Fedro es dominado por las apetencias, y cuando éstas dominan, no hay libertad en tanto no se da el ejercicio de la voluntad.

Ante el discurso de Lysias lleno de recursos retóricos, Sócrates menciona que hay discursos mejores que ese, y Fedro parece que lo fuerza a decir uno. Aquí hay un punto interesante, el ver la manera en la cuál Fedro orilla a Sócrates a hacer este nuevo discurso. Por un lado, parece que Fedro apela a la fuerza física, pues le dice a Sócrates que deje de burlarse del discurso que él ha leído, y que haga entonces otro mejor. La petición de Fedro se hace más imperativa cuando le dice a Sócrates que él (Fedro) es más joven y fuerte y además, están en un lugar alejado (236d). Conviene reflexionar un poco en la necesidad de Fedro por apelar a la fuerza, pues me parece que una persona que tenga argumentos, no necesita recurrir a los golpes. Por otro lado, si en una discusión se recibe un argumento en contra, se debe tener la suficiente capacidad argumentativa para responder, pero en Fedro no es ese el caso, pues todo lo que él dijo del amor, lo hizo leyendo, y recordemos lo que implica un discurso con letra escrita, un discurso así denota rigidez, y una vez que se está fuera del molde de la letra escrita, alguien como Fedro es incapaz de moverse por sí mismo. Para un discurso rígido, un estado de parálisis. Así que ante la incapacidad para argumentar en contra de las objeciones de Sócrates, parece evidente que Fedro amenaza con los golpes porque es el único camino que le queda, aunado al hecho de que busca imponerse, y quien desea encontrar la verdad, está abierto a compartir la palabra con los demás. Saber dialogar es parte de esa búsqueda por la verdad.

Retomando el desarrollo dramático del diálogo, una vez que Fedro le advierte a Sócrates que si no hace un discurso mejor, puede recurrir a la violencia, junto con esa amenaza, Fedro recurre al argumento de jurar por la divinidad que si Sócrates no dice otro discurso, entonces les dirá a los demás que ya no tengan trato con él. En nuestros días, este tipo de argumentos los llamamos chantajes. Eso es secundario, pues lo que me interesa es un punto en particular, que Fedro no pudo jurar por ningún dios y tuvo que “jurar” por el plátano que los cobijaba.

Atendamos el concepto de jurar. Para nosotros, el jurar puede entenderse de dos maneras fundamentales, la primera es la de poner de testigo generalmente a la divinidad, a algo o alguien que sea muy querido por nosotros; el citar a alguien que se venera o se ama, equivale a afirmar que dicha mención testimonia el cumplimiento de lo

que uno se ha comprometido a hacer. Aquí viene la segunda manera de entender un juramento, que es la de comprometerse realmente a hacer algo. Es tan fuerte el compromiso que se tiene que cumplir que es necesario poner como garante lo que uno estima, se entiende pues que la magnitud del esfuerzo es considerable y que el recurso de jurar otorga la fuerza suficiente para salir adelante de la diligencia en la que uno se encuentre. De tal premisa podemos entender que ocupar el concepto de juramento en banalidades, hace que se demeriten todos los elementos ya mencionados, además, si el juramento requiere grandes esfuerzos, es seguro que no cualquiera lo puede hacer, pues casi nadie está dispuesto a esforzarse buscando superar sus límites.

Quedemos pues en que el jurar en nuestro contexto se puede entender como poner por testigo a alguien como garantía de cubrir cabalmente un compromiso.

Dentro del contexto de la Grecia contemporánea de Sócrates y Platón, jurar se entendía como hacer una plegaria o una petición a los dioses. Aunado a que representaba un compromiso del humano con lo divino, era un favor que se le pedía a los dioses. En el diálogo vemos que Fedro está orillando a Sócrates a hacer un discurso, de alguna manera lo está forzando y Sócrates opone cierta resistencia. Ya he mencionado el problema de las traducciones, tengámoslo presente así como también el hecho de que tal cosa está fuera de mi control. En el diálogo Fedro dice literalmente: “*Y lo que diga será como un juramento.*” (236e). Antes de ver a quién le pedirá Fedro tales cosas, atendamos la expresión que dice “será como un juramento”. No nos ocupemos del tiempo del verbo ser, que está en futuro, o sea que va a llevar a cabo una acción, lo que me parece interesante es la palabra “como”. Aquí el “como” se puede entender de esta manera: un estado cercano a ser algo sin llegar a serlo. La palabra “como” nos ubica en lo que parece ser pero no es. Denota una cercanía de algo, que no es lo mismo que ubicarse con exactitud en un punto dado.

Por lo anterior, cuando Fedro dice que su acción “será como un juramento”, ese “como” lo interpreto que en realidad no está haciendo un juramento.

Cuando Fedro dice que va a hacer como un juramento, no encuentra por quien hacerlo, ni por alguien ni por algún dios. Fedro muestra una incapacidad para dirigirse a lo divino directamente y sólo atina a referirse al platanal, a cuya sombra están. El plátano era uno de los símbolos con los que se representaba a Dionisos, pues también se le solía representar con la vid, la hiedra, etc. No voy a profundizar en el mito de Dionisos, pues es quizá el mito más escurridizo desde su origen y ello nos llevaría por otros derroteros. No obstante, sí me parece importante mencionar algunos aspectos que envolvían el culto a Dionisos, esto con el fin de tener aunque sea una mirada breve que nos permita saber de quién se está hablando. El carácter divino que Dionisos poseía era en relación con la naturaleza, esto es, que así como la naturaleza tiene ciclos (día y noche, estaciones del año y sobre todo vida y muerte), en cada ciclo la naturaleza no deja de irrumpir, así pues, la sequía no puede interpretarse sólo como la ausencia del ciclo de la lluvia, sino como la irrupción de la fuerza del sol, pero a final de cuentas es la naturaleza la que se manifiesta en diferentes etapas. Quizá por el hecho de que la naturaleza no se manifiesta siempre de la misma manera, Dionisos en cuanto a su carácter del poder de lo natural, es representado también de diversas formas, que van desde el plátano, la vid y la hiedra, hasta un joven de bella figura y ebrio. La diversidad de estas representaciones obedece también a que cada pueblo expresaba a su manera el culto a Dionisos.

Pese a que cada pueblo lo representaba de manera distinta, es menester tomar en cuenta que el carácter de Dionisos como irrupción de lo natural, influye en esas representaciones, pues la hiedra por ejemplo, es una planta que tiende a envolver lo que esté cerca de ella, del mismo modo en que los impulsos naturales atrapan al hombre. Con la vid, es patente el desenfreno que causa el vino, con el cual, una vez minimizada la razón, se da libre expresión a los diversos impulsos naturales. Aquí, la cuestión sexual parece ser la expresión más fehaciente de la irrupción de lo natural y de sus diversas manifestaciones, ya que Dionisos mismo era representado con diferentes identidades sexuales.

Dejo hasta aquí los aspectos generales del mito de Dionisos, pues he dicho que profundizar en ello me desviaría de mi camino, y ahora veamos qué papel le da Platón a este mito dentro del diálogo.

Desde luego que no me parece gratuita la aparición del plátano en la trama dramática del diálogo, pues es Fedro quien guía a Sócrates al platanal y recordemos que Fedro busca ante todo el placer sexual. Por un lado el plátano es una manera de representar a Dionisos, cuyo poder se manifiesta en el desenfreno de lo sexual, por otro lado, recordemos que de acuerdo a ciertos aspectos de Fedro, como su trabajo en un prostíbulo de Atenas, y también su discurso de no amar sino obtener placer, aunado al hecho de llevar a Sócrates al platanal, todo ello parece reforzar la idea de que Fedro buscaba seducir a Sócrates, primero con el discurso, pues con la composición de Lysias, Fedro buscaba ejercitarse con Sócrates, cabe recordar que esto fue dicho por el mismo Fedro (228e), lo que implica persuadir a Sócrates de que es mejor darse al no amante, y con ello acceder a la querencia corporal de Fedro, y después parece que su intento de seducción consiste en llevarlo a los terrenos de Dionisos, es decir, al platanal. No perdamos de vista que Fedro no busca la verdad sino el placer, y consecuentemente, Fedro no pretende establecer un diálogo genuino con Sócrates, sino darse a querencias corporales con éste y por ende, reducir a Eros como un impulso meramente sexual. En sí, en Fedro comienzan a vislumbrarse los rasgos de alguien que lejos de entregarse a la experiencia erótica como don divino, la asume de manera utilitaria, mientras que Sócrates no se deja arrastrar por el impulso físico. Puesto que el poder de Dionisos es grande, cualquier otro ya hubiera cedido a las pretensiones de Fedro, y más cuando éste tenía un cuerpo bello, pero Sócrates no cede, aunque no por ello se deba de pensar que no sentía nada, sino que ello puede representar que la prioridad para el filósofo es alimentar al espíritu, pero también este pasaje manifiesta la contraposición entre los placeres fugaces y efímeros y el Eros filosófico, algo que Platón ejemplifica en el diálogo con el mito de los dos caballos, algo que trataremos poco después.

Considero muy probable que Fedro una vez que hubo terminado de leer el discurso de Lysias, esperaba que Sócrates asintiera en el postulado principal de dicho

discurso, que consiste en la preferencia de darse al no amante antes que al amante. No debemos olvidar que están solos ellos dos en un paraje lejano de la polis, y aunque no se debe leer un diálogo de manera literal, el desarrollo dramático del mismo, sí sugiere que Fedro buscó la manera para que su seducción a Sócrates se realizara, pues lo llevó a los dominios de Dionisos.

Es preciso recordar que al estar en los territorios de Dionisos y con Fedro, Sócrates se ubica en la tensión de ir ya sea al placer utilitario o realmente filosofar. Me parece que sí hay elementos que hacen patente tal tensión. Por una parte, Sócrates critica sutilmente y con cierta mofa al discurso de Lysias leído por Fedro, pero por otra, accede a la petición de Fedro de hacer otro discurso en el que a ratos, consiente las afirmaciones de Fedro, y en otras partes hace patente su desacuerdo. El pensamiento de Sócrates oscila entre la órbita de Fedro y la suya, que es congruente en su respeto a lo divino y a su concepción del amor. Podemos pensar en la tensión de una cuerda que es jalada por dos fuerzas, una en cada extremo, y que debido a esa tirantez, en ocasiones la cuerda estará más cerca de un extremo que del otro, y en otras tantas será a la inversa. Creo que esta imagen ejemplifica el estado de Sócrates, pues por un lado sabe que el discurso hecho por Lysias es falso en tanto que solamente reitera afirmaciones sin sustento, y en cierto momento, Sócrates comienza a ironizar sobre tal discurso. Mas en otro momento, Sócrates accede a elaborar un discurso en el que de acuerdo a lo que le ha prometido al propio Fedro, supere en belleza y composición al discurso de Lysias. Sócrates mismo se arrepiente después de hacer tal discurso porque ubica al amor como una enfermedad, de hecho, al comienzo de su discurso Sócrates se cubre la cabeza con un manto, ello parece indicar el pudor de Sócrates por ubicar a Eros como algo malo.

Creo que es necesario recordar lo que señalamos anteriormente en el sentido de que una vez que Sócrates le dice a Fedro que se cubrirá la cabeza por vergüenza, este último le responde que está bien, que sólo le importa lo que hable y no lo que haga. Esta postura de Fedro hace patente que su fin no es la verdad de las cosas de las que se habla, sino que lo fundamental es que suene bien un discurso, o sea, que tenga efectos retóricos y que no le es importante la relación entre el discurso y verdad.

Aclarado este punto, podemos aclarar cuál es la causa por la que Sócrates realiza su primer discurso aún sabiendo que Fedro empataba la falsedad con la palabra.

Si Sócrates ya sabe qué es lo que busca Fedro y cuál es su interés, surge la pregunta: ¿Qué hace ahí con él?; puesto que Sócrates sí busca la genuina comprensión del amor, parece fuera de lugar que permanezca con aquél que no. Empero, Sócrates no sólo se queda con Fedro, sino que se deja guiar por él y es conducido hasta los terrenos de Dionisos (recordemos el simbolismo del plátano), así que parece un hecho extraordinario el que un hombre que busca la verdad acceda a tal convivencia con alguien a quien esta cuestión no le importa en lo absoluto. Un hombre que camina en búsqueda de lo verdadero, yace con alguien que vive en estado de parálisis.

Si esa es la condición de Fedro, ¿Sería posible hacer que Fedro prefiriera el Eros filosófico en lugar de su visión utilitaria del amor?. Quizá por ello Sócrates permanece con Fedro, para que éste abandone su estado de parálisis. Tomemos en cuenta que quiere decir el nombre de Sócrates, viene de σωζω (que quiere decir salvar) y de κρατος (poder, facultad o habilidad). Por lo tanto, Sócrates es aquél que tiene el poder o la facultad de salvar o rescatar a alguien. Así pues, podemos pensar que Sócrates busca rescatar a Fedro de su parálisis.

Cuando hablo del rescate de Sócrates a Fedro, no se piense en la figura estereotipada del héroe o del bondadoso que va en auxilio del débil o de aquél que yace en desgracia. Aquí surgen dos posibilidades:

- 1) Que Sócrates busque rescatar a Fedro de su camino equivocado que no lo llevará al amor, y que lo haga ironizando sobre el discurso hecho por Lysias.
- 2) Que Sócrates busque rescatar al amor y ponerlo donde le corresponde, con lo divino.

Aboquémonos en el primer punto, pero antes creo pertinente decir que al considerar estos dos puntos, damos por descartada la posibilidad de que la retórica de Fedro haya seducido a Sócrates, pues él era guiado por lo divino a través de su Daimon. Para continuar con el análisis de este punto, digamos lo siguiente acerca del primer discurso de Sócrates: hace notar que la manera en la que inicia el discurso de Lysias leído por Fedro, es errónea en tanto que de entrada no dice de qué se va a hablar y la confusión nace desde ahí, pues no sabe a dónde se quiere llegar. El punto aquí es de técnica discursiva, lo señalo pero no es ese el aspecto central en donde radica mi interés, sino en la definición del amor que hace Sócrates en ese discurso, y lo define como algo sin control de lo racional, que va hacia el goce de la belleza acompañado de otros fuertes apetitos que arrastra hacia el esplendor de los cuerpos. Tal es la definición del Eros que hace Sócrates (238c), aunque surge aquí un detalle importante dentro del diálogo, y es cuando Sócrates se interrumpe para preguntarle a Fedro si no le da la impresión de que él (Sócrates) está en trance divino. Ahora bien, dentro de la trama dramática del diálogo se debe poner atención en esta parte, en la que una vez que Sócrates ha definido así al amor, éste le pregunta a Fedro si no le da la impresión de que se encuentra bajo la tutela de la inspiración divina; Fedro le responde afirmativamente y en eso es interrumpido por Sócrates diciéndole que si es arrebatado por las musas, no se maraville y que todo lo que él está diciendo comienza a sonarle a ditirambo.

A primera vista se puede creer que de verdad Sócrates se halla en un estado de inspiración divina, y que su referencia al ditirambo es real en tanto que es una narración con elementos rítmicos que se usaban en la representación de tragedias y en el culto a Dionisos. La referencia a Dionisos se hace patente una vez más, y aparentemente, puede pensarse que Sócrates sí se hallaba bajo la influencia divina de Dionisos, pero lo que me hace pensar otra cosa es que el ditirambo no se encierra solamente en el concepto que mencioné. El ditirambo era un ritmo con un compás constante, no cambiaba y por ende era un ritmo con repeticiones.

Debido a la complejidad de la manera de escribir de Platón, decir que Sócrates comenzaba a sonar a ditirambo porque de verdad estuviera bajo la inspiración de

Dionisos al hacer su discurso, equivale a una lectura literal de Platón, y dado que después Sócrates se arrepiente de haber hecho tal discurso, me parece que eso demuestra la carencia absoluta del influjo divino en ese primer discurso socrático. Lo que quiero decir es que la referencia al ditirambo va más por el camino de la repetición que de alabanza a lo divino (que en este caso podría ser a Dionisos), y con esto me parece que Sócrates quiere decir que su discurso suena igual de repetitivo que el leído por Fedro. Esa repetición consiste básicamente en denostar al amor y presentarlo como una enfermedad y por eso mismo, preferir a aquél cuyo juicio no sea perturbado por el amor, pues quien vive así se halla en la imprudencia y dominado por deseos y placeres, en tanto que la persona que no se encuentre bajo los influjos del Eros es más digna de confianza en su trato, pues vive en la medida y al verse libre del dominio de los apetitos sensuales, no hace promesas eternas que desde luego nunca cumplirá. Visto desde esa perspectiva, parece evidente que sí es de mayor provecho hacerle caso al no amante, antes que al amante.

En su primer discurso, Sócrates presenta al enamorado como un enfermo que procura que su amado no tenga contacto ni con hombres acaudalados ni con los cultos, pues ya fuera por riqueza o por saber, podrían arrebatarse a su amado. En esta misma consideración de Sócrates acerca del amor, los argumentos van en el sentido de que el Eros no es lo conveniente, ya sea porque se actúa sin sano juicio, o bien, porque el amor compromete a estar con una persona que con el paso del tiempo, su piel y todo su cuerpo serán desagradables, amén de que una vez recobrado el juicio por parte del amante, éste querrá separarse de quien era su amado y huirá de todo contacto con él, y quien era el amado se sentirá burlado. Al finalizar su discurso, Sócrates homologa al amante con un lobo que persigue a un cordero, siendo esto desde mi perspectiva, una imagen más cercana del seductor que del amante.

Parece entonces que Sócrates ha repetido lo mismo que ya había sido mencionado por Fedro; de ser así, sonó a ditirambo.

Anteriormente hice mención de la posibilidad de que el proceder de Sócrates tuviera como fin rescatar a Fedro de su confusión. Para ello, sí me parece que para

Sócrates era evidente la confusión de Fedro, pues basta recordar algo que con anterioridad he mencionado, la frase que Sócrates le dirige a su interlocutor: “¡Ah, Fedro, si yo no conozco a Fedro, es que me he olvidado de mí mismo!”(228^a); lo que a mi parecer esta frase quiere decir, es que al conocerse Sócrates a sí mismo, puede saber también el estado en el que se encuentra otra persona, como en este caso es Fedro. Como sucede en las ocasiones en que basta mirar el rostro de una persona para saber su disposición de ánimo.

Cabe ahora la posibilidad de que Sócrates no pretendía rescatar a Fedro, pues no se ha olvidado de sí mismo y por ende se conoce, y sabe que Fedro permanecerá en su parálisis; nunca buscará por él mismo sino que creará lo que le digan. Como no se mueve por él mismo, necesita ser movido por otros. Así que Sócrates sabía lo inútil que era intentar rescatar a Fedro y por ello no lo intentó. Entonces, ¿A quién o a qué rescató?. En esta parte nos introducimos en el segundo punto, del que anteriormente ya hice mención, el cual señala que Sócrates busca rescatar al amor y ponerlo donde le corresponde, junto con lo divino.

Una interrogante que surge ahora es, ¿Porqué si lo que desea Sócrates es reivindicar al amor, hizo antes un discurso en el que atentó contra él?, es decir, si ya sabía que Fedro no iba a cambiar su postura, ¿Para qué dicho discurso?. Me parece que no debemos perder de vista la complejidad de la escritura platónica, y la estructura misma del diálogo. Así entonces, creo probable que Platón contraponga el discurso de Lysias leído por Fedro y el primero de Sócrates, con el segundo de éste, para hacer patente la diferencia entre un discurso estructurado técnicamente y otro guiado por la inspiración divina, como es el segundo discurso de Sócrates. Debemos tener presente que en la primera exhortación de Sócrates se hace énfasis en la adecuada estructura que debe tener todo discurso. Mientras que en el segundo se da mayor importancia a la inspiración divina, lo que comienza a reivindicar la noción de Eros en el sentido de que la locura que proporciona este dios, es de origen divino.

En este aspecto, un punto que me llama la atención es aquél en donde Sócrates le propone a Fedro marcharse ya antes de que este último lo fuerce a algo más difícil;

acto seguido, Fedro le pide esperar un poco más a que pase el bochorno. Considerando a que se hace mención a que es casi mediodía y que el sol cae a plomo, se puede pensar que Fedro se refiere en realidad al bochorno causado por el golpe de calor del sol. No obstante, pensar ello me parece algo muy simple y carente de sentido interpretativo, debido a esa precaución, mi interpretación de esa parte no es literal y radica en lo siguiente: Sócrates pide irse antes de que Fedro lo obligue a algo peor, ¿Habrá algo peor que hacer un discurso contra el amor?, quizá sea una grave falta el atentar contra lo divino en un discurso, pero debe ser peor faltarle a lo divino no nada más a nivel discursivo, sino en la práctica. Lo que quiero decir es que si Sócrates hizo un discurso que atentó contra lo divino, bien pudo Fedro haberlo orillado a realizar con él un acto que diera la razón a la postura de que lo mejor es no hacer caso del amor y entregarse a la llamada del placer carnal. No es que la retórica de Fedro surta efecto en Sócrates, sino que el bello aspecto físico de Fedro pudo haber despertado el deseo de Sócrates y de haber sido de esa manera, en la práctica hubiera preferido al no amante antes que al amante. Eso sí hubiera sido peor que su discurso falso. No olvidemos que aunque Sócrates era un hombre prudente y amante de la verdad, no dejaba de ser hombre y como tal, estaba sujeto a los impulsos del cuerpo. Además, en Sócrates se halla la correspondencia entre discurso y acto, mientras que a Fedro le bastaba hablar y en lo demás, hacer lo que uno quisiera.

De ese modo, Sócrates busca no ser seducido por los encantos físicos de Fedro. Por su parte, Fedro le dice que no se vaya, que se espere a que pase el bochorno. He dicho que pensar que pensar en el bochorno referido por Fedro como algo literal, es decir, como una referencia al calor del sol, es algo simple, por lo que debemos reflexionar un poco en ver a qué tipo de bochorno se refiere Fedro.

En nuestros días, por bochorno entendemos una repentina oleada de calor. Un calor súbito que invade a alguien. La temperatura corporal que se asocia los impulsos eróticos, lejos de ser el frío es el calor; por lo que me parece que al bochorno al que se refiere Fedro, no es por el sol, sino más bien es el impulso del deseo carnal que siente Fedro. Coincidentemente, Fedro dice que es casi mediodía, y renglones atrás le dice a Sócrates, que él (Fedro) pensó que estaba por la mitad de su discurso. En la trama

dramática del diálogo hay dos referencias cercanas entre sí a la idea de mitad, la cual podemos entender como el punto final de una parte que colinda con el inicio de otra, o sea, la parte discursiva que finaliza, con la de la práctica, que es lo que Fedro desea comenzar. En esa mitad, en ese punto álgido es donde Fedro siente que lo invade el calor. El discurso lo estimuló y creyó que ello era suficiente para ir a la práctica, en la que pensó que Sócrates se iba a entregar a su querencia física.

Las circunstancias están dadas para que Sócrates acceda a la querencia corporal de Fedro, pero resiste, y no debemos entender que Sócrates se aguante las ganas de, sino que va más allá, pues sabe que Eros ha sido vituperado con los dos discursos anteriores, y que sería peor darle la razón a esos discursos entregándose a la práctica del sexo utilitario, así que Sócrates sabe que debe regresar al amor al estadio que pertenece, es decir, al rango de lo divino. Para tal empresa, Sócrates escucha dentro de sí la voz de la divinidad. Aquí aparece el elemento que hace la diferencia entre el actuar imprudentemente o bien, buscar el conocimiento propio para ir hacia lo óptimo, y ese elemento es la divinidad.

Hago énfasis en que Sócrates es un hombre, y como tal posee un cuerpo que responde a estímulos, se le ofrece la oportunidad de entregarse físicamente a un joven bello de cuerpo, pero no lo hace. Surge la natural interrogante de porqué se rehúsa Sócrates a tal contacto. Debo aclarar que en estas consideraciones no tiene cabida la idea de que el contacto entre personas del mismo sexo, sea algo mal visto. Nuestra moral es totalmente distinta al modo de vida griego, así que no se debe pensar que Sócrates rehuyó el contacto físico con Fedro porque éste era también un hombre, y por lo tanto, realizar un encuentro sexual entre ellos hubiera sido algo malo. Pensemos más bien en el problema de ser copartícipe de la degradación de Eros y no sólo por medio de la palabra, sino también por los hechos, y como más adelante lo señalará Sócrates, el amor es divino. Así que Sócrates al percatarse que por medio del discurso se ha atentado contra el amor, sabe que dejar vituperado al Eros y entregarse en la práctica a un no amante, sería consumir por medio del acto la defenestración al amor.

Aclaremos ahora la manera en la cual se hace presente la divinidad. Poniendo atención al desarrollo dramático del diálogo, vemos que Sócrates le dice a Fedro que a punto de cruzar el riachuelo que yacía frente a ellos, escuchó una voz que le venía desde dentro de sí y que le decía que debía purificarse, junto con el hecho de que Sócrates ya era conciente de que había atentado contra lo divino. Que Platón haya puesto el primer discurso de Sócrates junto con el de Fedro como una preferencia por el no amante, obedece (según mi interpretación) al deseo de contrastar entre dos discursos elaborados con base en técnica retórica y un discurso con inspiración divina. Una vez dicho lo anterior, podemos ubicarnos en la purificación que busca Sócrates y la manera en la que se enteró de ello.

4 La divinidad y el hombre

Ya he mencionado que la voz que le avisa a Sócrates de lo mal que se ha hablado del amor, es conocida como Daimon, esa voz interna que yace en alguna parte en la que el alma humana roza con lo divino.

Ahora bien, ¿Cómo afirmar que Sócrates es conciente de lo divino?. Antes de ver la manera en la cual Sócrates se purifica por haber atentado contra el amor, debemos responder esa interrogante.

Si Sócrates le restituye su carácter de divinidad a Eros, ello puede indicar que él mismo se halla en un genuino estado erótico en tanto sigue el impulso para buscar la verdad, primeramente acerca de sí, el conocerse a uno mismo. Esta condición de Sócrates le permitió saber que tanto el discurso de Lysias como el primero que él mismo realizó, habían atentado contra lo divino al levantar sólo afirmaciones falsas acerca del amor.

Considero entonces que Sócrates vive en el amor filosófico y por ello busca la verdad, mientras que Fedro no. Además, cabe recordar que Sócrates no cuestiona a los mitos (como el de Bóreas y Oritia). Estas cualidades del alma de Sócrates como la docilidad ante lo divino y la búsqueda por la verdad, permitieron que él escuchara la voz que venía de su alma, es decir, su daimon que le avisaba sobre lo que era bueno o no hacer. Así se enteró Sócrates que había realizado un discurso falso contra lo divino, ahora veamos más detalles sobre la necesidad de purificarse de ello. Al verse a sí mismo, puede ver sus debilidades.

Me parece que vivir buscando la verdad y respetando a lo divino, implica aceptar la voluntad y el designio de aquella fuerza que es superior a nuestra condición humana, pues si se acepta su existencia lo mejor es someterse al cuidado de lo divino y por ende, aceptar su voluntad. No pensemos en la figura de Sócrates como alguien cercano a un sacerdote, sino más bien como un hombre que a través de la filosofía, sigue la sentencia délfica acerca del conocimiento de sí mismo. Si tenemos presente

que Sócrates se niega a cuestionar los mitos como el de Bóreas, ello significa entre otras cosas una postura humilde en el sentido de que Sócrates acepta la existencia de fuerzas mayores que él, y las acepta aunque éstas no sean visibles. En lugar de cuestionar a lo divino, Sócrates se tiene a la consideración de sí mismo. Conviene que reflexionemos un poco en la causa por la cual Sócrates compone la palinodia, dicha causa es el temor a perder la vista tal como le sucedió a Estesícoro.

La pregunta obvia es ¿Quién era Estesícoro?. Estesícoro era un poeta griego de la primera mitad del siglo VI a. C., el que según Platón, fue privado de la vista por hablar indebidamente de Helena, ante esa situación y por ser un inspirado por las musas, supo de inmediato cuál había sido su falta y se dispuso a componer un canto de arrepentimiento llamado palinodia, y así, al ofrecer una sincera súplica de perdón, recobró la vista. El diálogo dice textualmente que Estesícoro era amigo de las musas (243 a) por lo que recordemos que la palabra φίλος significa amistad y también quiere decir amor, lo que también me sugiere la idea de que Estesícoro amaba a lo divino y buscaba también una especie de amistad con la divinidad a través de la inspiración poética, lo cual señala la diferencia entre escribir por inspiración o regirse por métodos poéticos o retóricos. Esta diferencia de obrar inspirado por lo divino o hacerlo por parámetros establecidos por el hombre, la veremos con mayor detenimiento en el siguiente capítulo, por ahora, pensemos en el asunto de la amistad con las musas.

Si Estesícoro se percató de su falta debido a su amor por lo divino, considero que en Sócrates la situación es la misma, así que me parece evidente que para darse cuenta de que se ha atentado contra lo divino, es necesario creer en la existencia de esta fuerza sobrehumana. Renglones atrás mencioné que Sócrates es capaz de verse a sí mismo porque se conoce y me parece que para conocerse es necesario recurrir a lo divino, para lo que es preciso recordar que el mandato de conocerse a uno mismo lo recibió Sócrates del oráculo de Delfos, el cual era un vínculo de comunicación entre el hombre y la divinidad. Podemos decir entonces que lo esencial al entregarse a Eros, es confiar en su existencia, aunque ésta no sea visible.

En contraparte, Fedro no se percata de que ha hablado mal de lo divino y de acuerdo a lo que he venido afirmando, si no se da cuenta es porque no tiene el favor de las musas y lo que es todavía más contundente, Fedro no cree en la divinidad; en ese sentido, Fedro es ateo y le hace más caso a Lysias que a Sócrates, y Lysias no hace discursos por inspiración sino por encargo y sin reparar en lo verdadero de lo que escribe, por lo que podemos decir que tampoco Lysias cree en lo divino y ello explica que su falso discurso sea más susceptible de ser creído por Fedro, pues las almas de ambos pertenecen al mismo rango, la de aquél que se ha alejado más de la verdad. Esto en términos del mito que Platón menciona en el diálogo, según el cual, las diversas almas giran alrededor del ser de verdad en órbitas circulares y cada órbita es comandada por un dios, y entre más alejada esté una órbita de lo divino, más se aleja de la verdad y esas almas alejadas de lo verdadero, caen pesadamente a la tierra en forma humana.

Pensemos que para Sócrates es una gran preocupación que le sucediera lo mismo que a Estesícoro, es decir, perder la vista. Vuelvo a enfatizar en que no se trata de una posible ceguera física, sino más bien que por hablar mal de la divinidad, ésta se enojara y le quitara los favores de su inspiración y ni Sócrates se pudiera ver a sí mismo y ni pudiera conocer lo que es bello, en tanto que lo divino implica lo bello.

De acuerdo al proceso dramático del diálogo y a lo que expresa Sócrates cuando muestra su arrepentimiento a Fedro, es conmovedor ver el sufrimiento, la vergüenza y la preocupación de Sócrates por haber falseado un discurso en el que se soslaya la importancia de lo divino y en el que también se omite lo bello que implica la experiencia erótica, en ese sentido, sólo un alma bella añora la belleza cuando ésta tiende a desaparecer o a ser olvidada. El par de discursillos anteriores tenían como objetivo ante todo, ser eficaces o hacer creer que expresan verdades para convencer al otro de que se entregue al seductor en querencias corporales. En nuestros días, en aras de la eficacia se promueve lo práctico, algo que repercuta en la obtención de resultados inmediatos sin ver si la manera de lograrlos es genuina y omitiendo cualquier tipo de consecuencia. Retomando el asunto de la pregunta inicial del diálogo, se quiere llegar rápido sin saber a dónde y de dónde. Quien hoy en día busca la belleza es tildado de

idealista (aun cuando casi nadie sabe lo que quiere decir con ello) y de anticuado. Desde luego deseo que esta tesis contribuya a hacer ver que la belleza no tiene que ser perdedora por naturaleza, sino que por el contrario, siendo ésta de origen divino, la belleza eleva las almas de quienes se dejan llevar por ella.

Creo que estoy en condiciones de decir que el alma bella de Sócrates que le permite vivir en la verdad, es la que lo hizo ver que podía perder la vista de lo bello y de lo verdadero si se mantenía en el nivel discursivo de Fedro, en donde dicho nivel se corresponde con la existencia. En esta parte se ve cuando en Sócrates comienza a operar la divinidad y queda patente también que el hombre por sí mismo no se basta para acercarse a lo que es bueno para el alma.

Pasemos a hora a ver en el siguiente capítulo cómo lo divino es el camino más pleno para el amor.

INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO TRES

Con este capítulo termina el tratamiento que mi tesis hace sobre el tema del amor en el diálogo *Fedro* de Platón. He buscado que la secuencia de los capítulos sea coherente con los objetivos de la tesis misma, por ello, en este último capítulo reflexionaré sobre lo que considero el elemento que define al sentido genuino del Eros, es decir, la divinidad.

Primeramente quiero pedir al lector que no considere a la noción de divinidad como un concepto permeado de cristianismo, pues aunque tampoco haré una exégesis sobre la teología griega, pido considerar a la divinidad como aquella fuerza superior a la condición humana y que por ende, se ubica en una esfera distinta de lo humano, es decir, el impulso erótico no se ciñe a la voluntad humana, ello muestra que la fuerza de Eros sobrepasa a la fuerza y al dominio humano, pues así como el músico goza al hacer una composición bella cuando ésta nace de su inspiración, esa obra de arte al ser inspirada no ha sido creada o planeada con anticipación. El músico disfruta de su arte aún cuando éste no dispone de él a su entera voluntad, pues la inspiración llega o no llega. Tener técnica no basta para hacer arte, así entonces, el amor posee al alma como un don divino y no como una determinación humana. Uno nunca decide cuándo amar o a quién.

La dificultad de concebir esta posibilidad reside en buena parte en que nuestra condición de hombres modernos, nos empuja a creer que podemos ser dueños de nuestros deseos, de nuestros apetitos y de nuestro sentido de vida, por lo que la consideración de lo divino, nos parece algo no sólo irracional sino que en algunos casos hasta ofensivo hacia nuestra potencia de vida creadora y libre. Pensar en que Eros como locura divina nos embriague, es hasta una amenaza a esa idea ambigua que llamamos libertad.

Así entonces, mientras que Fedro ha presentado un discurso y una postura que concibe al amor como una enfermedad y por ende como algo no deseable en tanto que dañino para la cordura del hombre, Sócrates por su parte, logra escuchar su Daimon y

con ello se percata de que es necesario restituir al amor su carácter de don divino. Para ello, a través del mito reflexiona sobre la naturaleza del alma y en las distintas jerarquías que ésta presenta, y luego, intenta mostrar la naturaleza divina del alma y en consecuencia, afirma que el amor lejos de ser un estímulo para lo sensual, es una cualidad que se le otorga al alma.

El hecho de que Sócrates haya escuchado a su Daimon ya es en sí una señal divina, en tanto que como veremos en el capítulo, esa voz no viene por la propia voluntad de él, pero sobre todo, le hace caso. Mientras que Fedro se limita a asentir a todo lo que dice Sócrates, igual que como lo hizo con Lysias, eso parece indicar que Fedro continúa en la misma parálisis que presentaba desde el principio.

Empero, el factor que hace patente las diferentes posturas de Fedro y Sócrates, es la plegaria que Platón presenta al final del diálogo, en la que contrario a la que intenta hacer Fedro, en la que ni siquiera menciona el nombre del dios a quien va dirigida, Sócrates sí menciona el nombre de la divinidad (que es Pan) y su petición no gira en la órbita de los bienes o placeres físicos y visibles, sino en la belleza interior y en lo necesario para saber vivir bien.

En esencia, en este capítulo pretendo mostrar que el modo de concebir a la divinidad, muestra con claridad las dos posturas sobre el Eros que se manifiestan en el diálogo, la utilitaria que encarna Fedro y la que asume a Eros como un don divino, representada por Sócrates.

Al final en un breve epílogo, expongo algunas consideraciones más personales o si se quiere en términos modernos, “subjetivas”.

CAPÍTULO TRES

1 Lo divino como el camino más pleno para el amor

Para ubicarnos es preciso decir que estamos en el punto en el que Sócrates se arrepiente de haber hablado mal de lo divino, y si se arrepiente esto quiere decir que se ubica en un grado de conciencia que le permite ver lo importante que es la divinidad y siente la urgencia de corregir lo mal que ha hablado del amor junto con Fedro. He dicho ya que hay una voz interna que le avisa a Sócrates si es prudente o no realizar una determinada acción, esa voz es lo que se conoce como Daimon, y de acuerdo al diálogo, el Daimon es de carácter divino por dos razones: que posee la capacidad de la adivinación y ello se debe al favor de la divinidad, y lo segundo, que es una voz que pertenece al alma y ésta es de naturaleza divina (245 c). Aunado a ello, el Daimon implica también la cuestión del autoconocimiento, es decir, Sócrates escucha a su Daimon porque se escucha a sí mismo. Para ello tengamos en cuenta el dictum que recibió Sócrates por parte del oráculo de Delfos: “Conócete a ti mismo”. Esto significa también que Fedro no escucha a su Daimon porque no se escucha y no se conoce a sí mismo. He dicho que una parte del Daimon se debe al conocimiento de sí mismo, pero otra parte se debe a una especie de soplo divino, pero si la voz del Daimon es también la voz de la divinidad, se hace necesario creer en lo divino para escuchar dicha voz, y quizá también debido a ello, Fedro no la puede escuchar, porque no cree en lo divino. Basta ver que Fedro le hace más caso a Lysias que a su voz interior, lo que aquí puede denotar que el creer o no en la divinidad, puede denotar el tipo de alma de cada hombre y su capacidad para buscar lo que es verdadero.

En el discurso que lee Fedro, no se hace ninguna mención a la divinidad. En su primer discurso, Sócrates llama a las musas pero no menciona a los dioses y tampoco le atribuye al amor un carácter divino, de hecho, es preciso recordar que ese discurso lo dice Sócrates con la cabeza cubierta, lo que puede indicar un sentimiento punitivo al saber que sus palabras no se van a apegar a la verdad. Además, recordemos que tal discurso lo interrumpe Sócrates para preguntarle a Fedro si no le parece que se halla

(el propio Sócrates) bajo la influencia de las musas, algo que más bien me parece tener un toque irónico que busca expresar que las afirmaciones de Sócrates son falsas, ya que si de verdad estuviera poseído por la inspiración divina, éste no cortarían el flujo de palabras divinas que le estuvieran invadiendo, para preguntarle a Fedro su parecer. Es más, me parece que cuando la divinidad inspira al hombre y posee su espíritu, esa es una experiencia incomunicable, aunado al hecho de que las cosas de la divinidad y del espíritu pasan inadvertidas a la mayoría de los hombres. Regresando a ese primer discurso de Sócrates, éste le dan fin abruptamente cuando dice que su voz ya suena a ditirambo, que entre otras cosas puede significar el sentido repetitivo de sus palabras, y pienso que si tal discurso fuera realmente inspirado por la divinidad, no habría un constante reiteración retórica en algunos aspectos, es decir, no caería en repeticiones porque hacerlo equivale básicamente a un agotamiento del discurso o bien a errores en el mismo, y la divinidad no se equivoca en lo que dice y mucho menos en lo que hace.

En contraste, en su segundo discurso Sócrates ya hace mención de la divinidad y no sólo eso, sino que afirma que el amor posee tal carácter. Este discurso es enteramente distinto al primero desde su origen, pues su génesis radica en la necesidad de purificarse por haber atentado contra lo divino al poner al amor como algo nocivo, como una enfermedad.

Considero que aquí ya nos ubicamos en las condiciones que debe tener el alma que haya decidido seguir el mandato que la divinidad le hace saber a través de su voz interna que conocemos como Daimon, y la pregunta evidente es ¿Cómo debe ser el alma de quien conciba al amor como algo divino y esté dispuesto a seguir el sendero que esa fuerza superior a él le marca? Para responder a esta pregunta debemos recordar que en este segundo discurso, Sócrates dice que el alma tiene una naturaleza divina y que este carácter se conservará en la medida en que dicha alma alcance a ver la verdad en el séquito de los dioses. Partiendo de esto, parece viable que un alma en tanto más contemple el ser en el séquito divino, más conserva su cercanía con el linaje de la divinidad, y en una parte de ese discurso (246 e), Sócrates dice que lo divino posee las propiedades de ser algo bello, sabio, bueno y todas los elementos virtuosos que posea la verdad en tanto que divina. Así entonces, si un alma conserva lo más puro

posible su parentesco con lo divino, esa alma será sabia, bella y buena. Si el alma conserva esas características y las alimenta, tal alma será capaz de seguir la voz de la divinidad, pues su parentesco con lo divino permanecerá cercano. De aquí se desprende que un alma como la de Fedro se vea imposibilitada de concebir al amor como algo divino, pues esa alma sufrió la desventura de no ver el desfile de las cosas divinas, en las que de acuerdo al diálogo se halla la verdad, y al nublársele la visión de lo verdadero, el alma de Fedro perdió sus alas y cayó pesadamente. Tengamos cuidado al decir que a Fedro se le fue nublando la visión de lo divino y verdadero, que es diferente a decir que nunca vio tales cosas, pues Platón mismo dice que el alma que jamás haya contemplado la verdad, no llegará a tener forma humana y ello no es el caso de Fedro (249 b).

Esta clasificación de las almas se corresponde con la calidad de visión que cada alma pudo apreciar de aquello que es divino, bello y verdadero. La jerarquía es descendente, por lo que es claro que la de primer rango es la que mejor visión tuvo de entre todas, y así mismo, la novena categoría (que es la última) es la que alcanzó la contemplación más deficiente de todas. Partiendo de aquí, es posible concebir que en tanto el tipo de alma de Fedro es la de alguien que busca solamente fines utilitarios y que su comprensión del amor es entendida como un discurso hueco en su contenido pero atractivo en su forma, cuyo fin no es la búsqueda de lo verdadero sino la obtención inmediata del reconocimiento de los hombres (no de lo divino) y la fácil obtención de placer físico, éste se ubique más cerca de ser un tirano que un amante. La primer jerarquía de las almas es la del filósofo, en el que Platón hace énfasis al llamarlo amante de lo bello (248 d), tocado por las musas o enamorado, y en el entendido de la jerarquía de las almas, creo que es posible decir que con respecto a la experiencia erótica, Fedro está lejos de amar a la verdad.

De esta afirmación se derivan muchas consecuencias de diversa índole, una de ellas podría ser en lo que respecta a la política, es decir, que el tirano está más próximo a usar la sofística y la demagogia para lograr sus fines, al mismo tiempo que está más lejos de la contemplación de lo divino, lo bello y lo verdadero. Desde este punto se podría decir que la política entendida en relación con el tirano, es la actividad que más

se aleja de lo divino y lo verdadero, por lo que se entiende entonces que es la actividad que más se acerca a la mentira, o bien, que necesita de la mentira para ser posible. Haciendo una homología con respecto al amor, parece entonces que debido al uso de la sofística, un alma como la de Fedro se empeña en parecer atractivo, siendo sólo eso, una apariencia que distorsiona lo que en realidad es. Diciéndolo en estos términos, el amante que miente es aquel que más promesas hace.

Sin duda alguna que aquí interviene el uso de la retórica, en donde el seductor dice lo que intuye que el presunto amado desea escuchar. Así entonces una vez que ha obtenido lo que desea, el que parecía ser un bondadoso hombre, se convierte en un tirano, y el presunto amante que decía procurar el bienestar del amado, resulta ser un hombre posesivo y deseoso únicamente de saciar sus instintos. El verdadero interés de este falso amante es complacer solamente los deseos de la carne y no ocuparse del bienestar del alma.

Ya vimos que en la seducción por la palabra basta que el discurso esté ornamentado para que persuada y logre sus fines, sin considerar la verdad o falsedad de tal discurso. Por otro lado, tenemos que esta visión utilitaria del amor, concede gran importancia a la satisfacción del cuerpo y por ende la vivencia erótica se reduce a la habilidad técnica para obtener placer físico, ello explicaría el auge que en nuestros días tiene la llamada sexología, dando por sentado que el verdadero nexo entre los amantes es el placer sexual.

Ahora bien, puesto que se ha dejado de lado la importancia del alma en la experiencia erótica, es preciso dar algunas consideraciones que nos permitan concluir que atender el alma es lo mejor para la verdadera experiencia erótica, recordando algo que he mencionado renglones atrás, que la comprensión del amor desde la atención al alma, implica un conocimiento y el argumento es el siguiente: teniendo presente el mito del séquito de los dioses (del 247^a, hasta el 248 a-c) que aparece en el diálogo, recordemos que el alma que corresponde a la primera jerarquía es aquella que pudo contemplar mejor a la divinidad y sus atributos como lo son la verdad, la justicia, la belleza, etc.. A esa alma Platón la denomina como la del filósofo o amante de la belleza.

Ateniéndonos a ese mito y dado que el alma contempló el ser de verdad con vista de ideas, al tener esa contemplación, tuvo también lo que es la visión verdadera del amor, y como lo hizo en el séquito de los dioses, esto refuerza el carácter divino del amor, pues en donde mora lo divino sólo se ve lo que le es propio a lo divino. Así entonces, al tener esta alma la visión verdadera del amor, ya conoce la esencia de éste y sabe que Eros es de origen divino y ese es un conocimiento que es posible sólo cuando se entiende y asume al amor como a un dios. Ahora bien, recordemos que cuando hablamos del Daimon, habíamos dicho que al ser una voz interna es que entonces procede del alma, y es en esa parte del diálogo en donde Sócrates dice que el alma es de origen divino (242 a), por lo que el Daimon es una señal que la divinidad le envía al hombre, no obstante, dijimos también que esa señal debe ser entendida por quien la recibe, es decir, debe estarse dispuesto a escucharla.

Ubiquémonos ahora en la búsqueda del amado por parte del amante, y pensémoslo de este modo teniendo como base un ejemplo de la vida cotidiana: me parece claro que cuando andamos en búsqueda de una persona para amarla, no vamos con aquella que primero nos encontramos en el metro, sino que esperamos entablar un trato con esa persona y conocer sus cualidades del alma, es decir, sus gustos musicales, su sensibilidad hacia el arte, si le gusta el asunto del conocimiento, etc.. Ahora bien si lo que buscamos es una satisfacción corporal, es probable que no tomemos en cuenta los aspectos ya mencionados y escojamos a aquella persona que creamos puede satisfacer nuestro impulso sexual de manera inmediata. En sentido estricto no creo que eso sea una búsqueda, pues prácticamente en el campo de la urgencia y utilidad sexual, se toma lo primero que se pueda y se deja de lado completamente la preocupación por el tipo de alma tanto del amado como del amante. Creo que esto refuerza una idea fundamental de esta tesis y que ya he mencionado con anterioridad, que entender el amor como un placer corporal, utilitario e inmediato, no implica una búsqueda o una acción hacia lo bello y lo verdadero, por lo que al no hacer ningún esfuerzo y al no buscar, no se está realizando alguna acción, lo que puede interpretarse como aquella inmovilidad o parálisis que embarga a Fedro y de la cual ya hablamos anteriormente.

Veamos entonces lo que implica buscar a un amado, pero concibiendo el amor como un don divino para beneficio tanto del amado como del amante, y en este punto nos es provechoso retomar la imagen que utiliza Platón para hablar del alma. Esa imagen homologa al alma con un coche guiado por un auriga, y este vehículo es jalado por dos caballos distintos y contrapuestos (253 d). Uno de ellos es de bella constitución, esbelto, miembros equilibrados, de color blanco y lo más importante: se deja guiar y al ser medido, basta una sencilla palabra para que obedezca. Por otro lado está el caballo resabiado, corpulento, de figura dispareja, de color negro y de carácter insolente y petulante, tiende a no escuchar y obedece con base en el golpe del látigo. Este mito nos ayudará a la comprensión de cómo se entiende la búsqueda del amado desde la visión del amor como un don divino.

Las imágenes de este mito no son azarosas y desde luego que simbólicamente quieren decir algo. Los elementos que aparecen en el relato son tres:

1); Un caballo blanco y dócil.

2), Un caballo negro y salvaje

3), El auriga o cochero.

Ya dijimos que los caballos son contrapuestos entre sí debido a sus características. Por su parte el auriga ejerce el mando sobre ambos corceles, y la imagen que esto me sugiere es la de alguien que lleva unas riendas en las manos y de ahí va jalando para indicar tanto la dirección como la velocidad. Así, parece que sin ese guía el carro no se mueve o termina volcándose por un barranco, pues cada caballo tiraría por donde se le antojara. La figura del carro me sugiere que representa al cuerpo, en tanta que es movido por los caballos, que a su vez me sugieren las dos fuerzas del alma.

Con ello podemos pensar que los tres elementos anteriores no están necesariamente siempre en equilibrio, y pensando acerca del alma, ésta no siempre se

encuentra en un estado armónico, esto es, en ocasiones el deseo por lo bello y verdadero es lo que domina, y de repente, la sed por lo placentero sin importar su verdad es la que manda. Para que el alma se vea libre de una caída que le impida contemplar lo que es el amor, el cochero tiene que jalar las riendas y dominar al caballo indómito que prefiere lo insolente, petulante y toscamente sensual. De no hacerlo así, no habría movimiento en tal alma en la experiencia erótica y una vez más, recordemos que esa carencia de movimiento se corresponde con la parálisis que padece Fedro.

Pido poner atención en este punto, estamos considerando al alma de acuerdo a la imagen que de ella propone el diálogo. Sin embargo, dado que hemos dicho reiteradamente que lo óptimo para el alma es seguir el camino de lo bueno, lo bello y lo verdadero, se podría pensar lo siguiente: que sería mejor que al caballo de mala raza se le desatara y se le dejara ir por su camino, y así, el cochero tendría solamente la rienda del caballo dócil y de buena raza, y que de este modo, el coche no daría tumbos y sería más fácil llevarlo. Este pensamiento parece ser atractivo para comprender el problema de lo difícil que es guiar al alma en relación con el cuerpo. Podemos pensar que un alma que atienda únicamente a la contemplación de lo bello y verdadero, o bien carece de cuerpo y por ende ya se halla de nuevo en el lugar de lo divino, o mente, porque al hacer Platón ese símil del alma, lo hace del alma humana en general, no del filósofo, del sofista o del panadero, sino de todo humano, considerando que Platón afirma en el diálogo que quien nunca ha visto (así sea de lejos y de modo defectuoso) el ser de verdad y sus atributos ya mencionados, nunca alcanzará la forma humana (249 c), así que el alma que ejemplifica Platón con el auriga y los dos caballos, es un alma humana, y eliminar un de los dos caballos que plantea el mito, equivaldría a la aspiración moderna de hacer del hombre dueño de sí mismo, carente de pasión.

Parece entonces que concebir la relación de un alma insertada en un cuerpo humano, no puede prescindir de esos dos elementos contrapuestos que son el caballo dócil y el indómito, por lo que se puede pensar que la relación entre cuerpo y alma implica en sí misma un conflicto, aún en el caso del propio filósofo, que no está exento de ella, pues si pensamos en Sócrates, parece que él se debate entre o ceder a las

querencias corporales de Fedro, o buscar la verdad en el amor, lo que implica buscar a la divinidad en tanto que Eros es Dios.

Pensemos que si alma se ubica en esa disyuntiva entre escoger ya sea el placer del alma o el placer del cuerpo, ubicarse sobre esa decisión denota ya un movimiento, es decir, el alma oscila entre las opciones ya mencionadas, pero tal combate implica en sí mismo una búsqueda, ya sea del gozo del alma o el del cuerpo. Tal argumento puede dar la impresión que justifica el gusto por el mero placer corpóreo, pues se podría pensar que aunque sea gozo carnal, algo se buscó y que ello sería preferible que estar en parálisis, es decir, no escoger nada. No obstante, este planteamiento es tramposo debido a que el nivel de la visión de las cosas es diferente si jerarquizamos la relación entre cuerpo y alma. Para comprender mejor este aspecto, digámoslo de la siguiente manera: el nivel más inmediato que nos permite percibir las cosas es por medio de los sentidos, y de ellos parece que el de la vista tiene mayor relevancia. De este modo parece posible considerar que al ser un nivel inmediato, tal visión carece de profundidad, precisamente dada su inmediatez, así que el nivel de los sentidos parece ser un estadio meramente superficial en tanto que capta solamente aquello que aparece de primera vista, sin ninguna reflexión. En contraparte, la mirada del alma en tanto que posee la cualidad de lo inteligible va más allá de lo que pueden captar los sentidos y por ende, la comprensión de las cosas en ese nivel entraña una dificultad, ya que nos obliga a superar el nivel de la experiencia inmediata.

Esta distinción de la manera de conocer las cosas, rompe con el argumento de que optar por lo corpóreo y sensible es ya una especie de búsqueda, pues en realidad ello equivale a permanecer en donde siempre estamos, que es el mundo de las apariencias, y dado que la búsqueda es una acción y una acción implica movimiento, el hecho de permanecer en el campo de los sentidos significa que no ha habido tal búsqueda o movimiento. La palabra permanecer es muy significativa dado que anula cualquier alusión al movimiento, ello significa que se está en parálisis. Así que permanecer en lo meramente sensible es estar en un estado de parálisis, como Fedro.

No estoy negando la importancia del mundo sensorial y mucho menos su existencia, lo que estoy diciendo es que quedarse en ese nivel cancela toda posibilidad de pensar en el alma o en aquello que no se ve, como la divinidad. En este punto me parece pertinente decir que la presencia de lo divino, no se puede hacer patente de manera visible o de acuerdo a nuestra razón instrumental moderna, en todo caso, Sócrates mismo dice que al hablar de la naturaleza divina del alma, sólo lo creerán los sabios (245c). Pensemos por un momento en las “explicaciones” que en nuestros días trata de dar la ciencia al tema del amor, y lo entiende como una cuestión de sustancias y de funciones orgánicas que tienen su consecuencia en el desempeño de los sentidos, y la experiencia erótica se reduce a un vaivén de equilibrios y desequilibrios en el funcionamiento de los sentidos, y si así se “comprende” al amor, las demás cosas del mundo irán por el mismo camino. Todo se reduce a contabilizar equilibrios, ver sólo lo sensible y limitar todo a la experiencia inmediata. Esto se puede interpretar como que en nuestra época, la comprensión del amor por parte de Fedro no sería solamente utilitaria, sino además científicista. Algo muy similar a nuestro pensamiento moderno.

Recordemos que dentro del diálogo, en el pasaje en el cual se habla del mito de Bóreas y Oritia, Sócrates dice que aquellos que se creen *sabios* no dan crédito a los mitos (229 c) y les buscan explicaciones que hoy en día llamamos “lógicas” a esos hechos. Esos sabios a los que se refiere Sócrates, también dejan de lado la importancia de conocerse a sí mismos. Más adelante en su segundo discurso, Sócrates dice que al escuchar a su voz interior (Daimon), se ha dado cuenta que el alma es de naturaleza divina (242 c). Y cuando en ese mismo discurso Sócrates habla del alma y la locura divina, dice que tal demostración no la creerán los pertinaces pero sí los verdaderamente sabios (245 c). Estas características (que ya las habíamos mencionado anteriormente) por sí mismas nos hacen ver que para hablar verdaderamente del amor, no debemos estancarnos en el plano sensorial, sino que al carecer de una comprobación empírica de la existencia de lo divino, sólo resta creer. En ese sentido, podemos decir que el amor necesita confianza para hacer posible su vivencia genuina.

Baste con lo dicho para estar en la disposición a creer que existe el alma y lo divino. Pedir razones en exceso no es de sabios, así que la duda acerca de la

existencia de los dos elementos que mencionamos (el alma y lo divino), ya no tiene lugar en esta tesis. La última aclaración que hago es la siguiente: si alguien insiste en entender el amor en términos racionales como *objetividad* y *subjetividad*, o como un impulso mecánico del ser humano, ello se comprende debido a que tenemos muy acendrados nuestros preceptos modernos. Por ejemplo pensemos en Descartes, quien en su obra *El tratado del hombre*, dice que el cuerpo es una máquina de tierra, e incluso lo compara con relojes, molinos y fuentes artificiales, para decir que la máquina que ha sido creada por Dios es más compleja y superior a las otras¹. Es claro que al ser herederos de esta visión moderna, tengamos verdaderos problemas para tomar en serio los conceptos de los antiguos, tales como alma, Dios, o bien, para aceptar al menos la posibilidad de que el amor es un sentimiento del alma y no un impulso mecánico de nuestro cuerpo.

Una vez hecha esta acotación retomo el asunto del alma. Ya habíamos dicho que una parte de ésta se inclina al placer del cuerpo y otra a la contemplación espiritual de lo bello y bueno, guiados por la metáfora de Platón, a la primera característica le corresponde el caballo malo y de mala raza y a la segunda el que es bueno y obediente.

Ya tenemos claro que estos dos caballos se contraponen y en ese sentido podemos decir que ambos establecen una lucha en pos de dominar y decidir el rumbo por el cual se va, si el del amor o el del placer utilitario. Si se opta por entender al amor como un mero placer físico, significa que ha vencido el caballo de mala raza, y ello a su vez quiere decir que en realidad ni siquiera se buscó entender al Eros, porque del plano sensorial no nos movimos y como no hubo movimiento, se entiende que se careció de búsqueda y hubo parálisis. Por lo que si en realidad no hubo movimiento, tampoco hubo lucha entre estas dos partes del alma, pues permanecer en el gozo sensual implica decir que el caballo indómito es muy fuerte o el caballo sensato, quizá no exista. Puede darse el caso de que en un momento dado, se opte por concebir al amor como ese placer inmediato que es solamente sexual, pero puede ocurrir que la sensatez y la añoranza de vivir en lo bello y en lo verdadero, hagan cambiar de postura a una

¹, Descartes René; *El tratado del hombre*; Alianza; España; 1990; p.p 22-23.

persona, dándose esa lucha en la que se decide qué rumbo seguir. Cuando hay esa lucha, existe la posibilidad de vivir el amor como un don divino, y me parece que la actitud de Sócrates es la muestra más contundente de que la experiencia erótica en sí misma implica una lucha, pues Sócrates oscilaba entre el entregarse a la pasión física de Fedro o en todo caso, buscar lo verdadero y bello del amor a partir de considerar a éste como una divinidad, y ya hemos dicho que permanecer en el campo de lo físico, equivale a continuar en lo aparente que es al mismo tiempo superficial, y desde luego que seguir en ese nivel, denota que no ha habido movimiento en la búsqueda de otra visión del amor. En cambio, Sócrates avanzó en su caminar propio de la experiencia erótica, y su avance contrasta con la parálisis de Fedro que Platón manifiesta desde el inicio mismo del diálogo, lo cual hace patente que Fedro se quedó en la comprensión del Eros como algo físico, en tanto que Sócrates al asumir el amor como divino, ello significa que ha buscado más allá de la superficie del cuerpo y sus sentidos.

Entre permanecer inmóvil y buscar, se tiene que tomar una decisión, y en los términos del diálogo la situación es todavía más compleja, pues la posibilidad de acceder al placer físico se le presenta a Sócrates sin mayor objeción, enfrente de él se le ofrece un cuerpo bello. Si Sócrates quiere puede tomar un instante de placer y darle gozo al cuerpo. En cambio, su actitud es otra, pues oscilando entre la órbita que le ofrece Fedro y su voz interior (Daimon) que señala un camino diferente consistente en buscar la verdad tanto de las cosas pero sobre todo de sí mismo, Sócrates opta por lo segundo, en donde yace el amor por lo verdadero.

Como se ve en el diálogo, la elección sin duda fue difícil y al decir que Sócrates oscilaba entre estas dos opciones, es claro que en ciertos momentos parecía inclinarse por una y luego por la otra. Me parece que el elemento que ayuda a Sócrates a decidir, es la voz de su Daimon, una voz que le viene del alma. Su Daimon aparece en el momento de mayor trascendencia, pues de acuerdo a la trama del diálogo, justo cuando Sócrates va a cruzar el riachuelo, súbitamente detiene su acción, retrocede y ofrece un discurso de arrepentimiento y súplica de perdón al amor como divinidad. El símbolo de la escena me parece clave, pues Sócrates iba a cruzar el riachuelo, lo que se entiende que iba a pasar al otro lado, y entendamos que pasar una frontera es transgredirla, así

que creo posible pensar que una posible interpretación de esta parte, va en el sentido de que Sócrates iba a transgredir el sentido del Eros verdadero al hacer un discurso que justificara la vivencia del placer evitando el amor, y sobre todo, negarle a éste su condición divina y reducirlo a un tocamiento corporal. Ahí, en ese momento Sócrates toma la decisión más importante, pero creo que no la toma solo, sino que la divinidad le habló a través del Daimon. No olvidemos que la condición básica para escuchar esa voz interior, es que el alma busque la verdad. Ello implica que esa alma sea de filósofo, o sea, del primer rango del séquito de lo divino que con mayor claridad contempló al ser de verdad. Recordemos que ubicarse en ese rango no es fácil, pues la lucha entre los dos caballos puede ocasionar que se vaya disminuyendo de jerarquía en las órbitas del séquito de los dioses.

En el diálogo aparece de manera bella otra manifestación del amor como algo divino, y es que de acuerdo al mito del séquito divino que menciona Platón, quien haya estado en el séquito de Zeus, buscará a Zeus en el amado, los de Apolo verán a Apolo en el amado (253 b,c). Esto puede significar que el amante habiendo estado en el séquito de su dios, busca en el amado al dios que lleva dentro, dándose aquí una hermosa empatía de almas. Nótese que hay una búsqueda y no una carencia de acción o parálisis. Considero oportuno afirmar que si tanto el amado como el amante llevan a Dios dentro de su alma, entonces la experiencia erótica es quizá el rango más elevado de lo que se llama entusiasmo, es decir, tener al dios dentro de sí.

2 Discernir que entre el camino del placer utilitario y el del amor como un don divino, el segundo es el que llena la vida del hombre

Ahora nos ubicaremos en el discernimiento acerca de si la experiencia erótica entendida como acercamiento a lo divino, es algo cuya decisión la tome el hombre mismo o bien, obedece a los designios de la divinidad. Esta cuestión la podemos expresar todavía en términos más claros: la vivencia del amor la escoge el hombre o le llega por fuentes ajenas a él.

La primera postura parece acercarse a la concepción moderna de amor en el sentido de que la medicina (por ejemplo) a través de la neurología concibe a la experiencia erótica como el equilibrio y desequilibrio de sustancias en el cerebro, lo cual ya parte de una concepción mecanicista del cuerpo, en la que los órganos hacen la función de engranes y las sustancias corpóreas serían una especie de combustibles. En este marco, la relación entre alma y cuerpo ya no existe, pues el alma no es un concepto aceptado por la modernidad, y mucho menos por su ciencia.. Desde tal perspectiva, cabe la observación de que el balance hormonal o bioquímico, no es algo que tampoco se pueda controlar al libre albedrío, empero, sí le es posible al hombre influir en cierta medida en la correlación de las sustancias que hay en el cuerpo. Desde esta perspectiva, se pudiera entender que la experiencia erótica está supeditada al funcionamiento de los órganos del cuerpo, así como si habláramos del funcionamiento de los engranes de una máquina. Como la medicina moderna hace uso de la ciencia y la tecnología que le son contemporáneas, de ese modo la medicina intenta hacer cuantificable aquello que tenga que ver con su concepción de salud y de enfermedad. Para decirlo de este modo, dado que el paradigma de la ciencia moderna es la física-matemática, todo objeto de conocimiento científico debe ser cuantificado y manipulable, pues para la modernidad es importante que el hombre pueda transformar a la naturaleza. Así, la medicina respalda lo medular de sus conocimientos en la ciencia moderna y de esta manera, se logra la cuantificación de las dosis de los medicamentos, se comprende la vida del cuerpo a través de la química (la bioquímica) y experiencias como el amor son “medidas” a través de diversas maneras, ya sea por el comportamiento de la química cerebral vista a través de una tomografía, o bien, por la

medición de la frecuencia cardiaca. Estas maneras de concebir al Eros denotan que para la modernidad, esta vivencia se halla en la órbita de las reacciones del cuerpo, pero lo más complicado es cuando se busca entender el amor como algo palpable en tanto que su génesis yace supuestamente en órganos corpóreos y más todavía, como algo medible o cuantificable.

Si ese fuera el caso, para sentir amor bastaría una pastilla que alterara nuestra química cerebral u hormonal y sin mayor obstáculo tendríamos acceso a esa experiencia. En este sentido, es claro que para la modernidad no existe la relación entre cuerpo y alma, pues esta última ni siquiera es considerada como algo que exista.

A esta comprensión científica del amor le acompaña el dominio del instinto sexual, pues ya que el cuerpo es lo único que es tomado en cuenta, lo verdaderamente importante no es nada más comprender somáticamente el amor, sino atender su necesidad erótica. Tal experiencia se ubica en el campo del gozo sexual, y si bien es cierto que observar la delineada anatomía de un cuerpo bien formado, contemplar un cuerpo cubierto con prendas que inviten a la desnudez, tocar una tersa piel, sentir un cálido aliento y situaciones de esa índole son físicamente placenteras, no implica que necesariamente sean experiencias que busquen lo bello, lo bueno y lo verdadero, pues tal búsqueda es propia del alma, y sobre todo del alma del filósofo, y recordemos que desde la perspectiva misma de entender el amor como algo sensible, el concepto de alma es inexistente. Considerando este punto, me parece que la necesidad de normar la conducta humana surge debido a las sensaciones de bienestar o malestar que son internas en el hombre y que no proceden de los dictados del mundo exterior, o sea de las sensaciones. Lo que afirmo es que un malestar o un placer físico no orientan una preocupación moral por mis acciones. Parece entonces que dejar de lado el alma implica también abandonar la preocupación por la ética, y de este modo no importa preguntar si un acto es bueno o no, sino que básicamente lo que cuenta es el placer físico del acto mismo. Esta visión nos hace comprender que debido a que en nuestros días se le da mayor importancia al placer físico y no al del alma. Quizá entonces la expresión sexual que llamamos pornografía se pudiera convertir en un factor intrínseco en lo que para nuestra modernidad es la experiencia erótica.

Es contradictorio que en una sociedad en la que se exalta el gozo sexual por encima de casi todo, se busque prohibir diversos tipos de pornografía por considerarlos no apropiados a cierta concepción moral, por ejemplo, la condena hacia la pornografía infantil, necrofílica, etc.

Esta manera de concebir el amor, reduce la experiencia erótica a la ya mencionada cuestión mecánico-biológica y a una postura utilitaria en donde realmente se piensa en la otra persona sólo en relación con necesidades y deseos sexuales, lo que en realidad es la visión que Fedro manifiesta en el diálogo. Ampliando esta reflexión, la comprensión del amor se limita a situarlo únicamente en la relación entre personas, lo que excluye el aprecio, el disfrute y el asombro por aquello que no sea un hombre, es decir, no podemos hablar del amor hacia el arte, a la verdad, a lo bueno o a la naturaleza misma. Quizá por ello se entiende nuestro desdén hacia la naturaleza, no la vemos con el asombro del misterio o como una expresión de la divinidad en tanto que es algo que rebasa nuestras fuerzas, sino que la vemos como un recurso a explotar, algo que en sí mismo expresa ya una postura utilitaria.

Por otro lado, parece que la mayoría de la gente asume el amor de la manera en que lo hace Fedro, como una conquista para obtener placer físico, pero más aún, así como Fedro es incapaz de expresar en sus palabras cuál es su propia concepción del Eros, y por ello utiliza un discurso ajeno que le permita mostrarse como un seductor, del mismo modo en la actualidad existen libros con “técnicas” o “guías” para llegar a ser diestros en el “arte de la seducción”, e indiscriminadamente llaman a eso “guías” para encontrar el “amor”. Del mismo modo se ofrecen objetos que presuntamente tienen el poder de atraer a la persona deseada (mas no amada) y hasta se pretende manipular a las fuerzas de la tierra y a los astros para lograr su seductor objetivo. Cabe ahora preguntarnos si esa postura hace feliz y dichoso al hombre, es decir, si todo ello logra hacer que el ser humano sienta que vive plenamente. Mirando en mí mismo y en mi entorno, me parece que no. Siendo explícito, el punto medular al que me refiero, es que entender el amor según las maneras que he mencionado, implica no sólo una visión del hombre que se limita a las cosas palpables en tanto que útiles, sino sobre todo, que el hombre mismo desea controlar al amor poniéndole límites y encerrándolo en una

postura que lo ubica como una necesidad para el desahogo del instinto sexual. Este modo de concebir al amor ha deformado también el potencial sexual del hombre, pues si se condiciona el Eros a la proporción y obtención del placer sexual, entonces para ser merecedor del ser amado, es necesario ser hábil en cuestión sexual, y así mismo, una incapacidad en ese sentido se entendería como una incapacidad de amar. Una muestra patente de ello es que en nuestros días se promueven una gran variedad de tratamientos contra las disfunciones sexuales y en todos ellos se vende la idea de que la salud sexual es equivalente a la plenitud en el amor.

Me parece que en este caso se está poniendo énfasis en relacionar al amor con el cuerpo, dejando de lado cualquier preocupación por el alma, siendo que es quizá ahí en donde está el problema, pues la parálisis que personifica Fedro en el diálogo, no es cuestión de erección o lubricación vaginal, sino de su visión del mundo y de su existencia en él.

En todo este entramado, el común denominador es el afán del hombre por tener el control de las situaciones que vive, pues así como la ciencia moderna pretende conocer para controlar y modificar aquello que le redunde en un beneficio, del mismo modo, la comprensión moderna del amor estriba en la estimación de lo físico, que a su vez es entendido como una reacción mecánica como lo vimos en Descartes. Aunado a un fin utilitario que puede ser la obtención inmediata de placer y también, procurarse la relación con una persona por los beneficios sociales que ella trae consigo, tales como aceptación dentro de un determinado núcleo, prestigio, etc.. En tal sentido, parece que Fedro encarna la postura de la modernidad. El asunto en sí es que al pensar que la experiencia erótica depende de la voluntad humana, entonces el amor se reduce a un asentimiento o reprobación del hombre mismo, lo que equivale a decir que cualquier hombre puede decidir sobre el amor. Siendo así, Eros pierde su carácter divino en tanto que la divinidad es una fuerza superior a la voluntad del hombre.

En relación con el camino de la filosofía, el dialogo nos muestra que el pensamiento y la reflexión propios (sin copiar discursos como Fedro), constituyen una parte rectora de la libertad, entendiéndola como la búsqueda genuina de la verdad

sobre sí mismo, sobre las cuestiones graves que implican existir. El logos denota entonces el impulso del Eros hacia la verdad. Hemos visto algunos elementos que nos permiten distinguir las diferentes posturas que Sócrates y Fedro tienen hacia el amor. Creo ahora pertinente abordar la comprensión del amor como una divinidad y lo que ello implica, poniendo especial interés en el vínculo más evidente que puede establecer el hombre hacia lo divino, me refiero a la plegaria.

Considero que el diálogo presenta a la plegaria de tres maneras y en tres momentos diferentes de la trama dramática, los menciono para verlos con claridad:

- 1) El falso juramento de Fedro ante el plátano
- 2) El final de la palinodia de Sócrates
- 3) El final del diálogo

Comencemos por la primera que de acuerdo a la trama del diálogo, es cuando Fedro obliga a Sócrates a componer un discurso que supere en belleza el realizado por Lysias y presentado por Fedro. No perdamos de vista que ese discurso presenta al amor como una enfermedad cuyo principal efecto nocivo es la incapacidad de la razón para controlar los impulsos físicos, cosa que según ese discurso, hace imposible conocer las cualidades del espíritu del amado. Junto con ello viene el temor convertido en celos hacia las personas que acompañen al amado y lo puedan arrebatarse de la cercanía de su amante. Según lo presentado por Fedro, todo ello hace necesario evitar enamorarse puesto que ello equivale a perder la razón, y dado que Eros es presentado como algo nocivo, enamorarse y darse al amante significa que no se está en sus cabales y que enamorarse sea entendido como el punto más álgido de la pérdida del sano juicio. Debido a ello, para Fedro lo mejor es no enamorarse y obtener todo el placer que se quiera, pero de manera “sana”.

Aquí el amor es entendido como locura, y sin reflexionar en realidad sobre estos términos, la exhortación de Fedro va encaminada a señalar a Eros como algo no conveniente.

Siendo esa básicamente la idea de Lysias leída por Fedro, acerca del amor, recordemos que Sócrates ironiza sobre lo dicho por tal discurso y el propio Fedro amenaza físicamente a Sócrates de que cese sus burlas y más aún, lo obliga a que haga un discurso más bello que el escrito por Lysias (236-D). Póngase atención a que la exigencia de Fedro es de un discurso más bello que el anterior, no pide uno en el que busque la verdad acerca del amor, sino uno más ornamentado. La idea de Fedro parte del supuesto de que lo bello es sólo algo que se ubica en el rango de la percepción, y por ello, de lo que se trata es impresionar por la apariencia y en consecuencia, lo bello no se corresponde con lo verdadero.

Más allá de la amenaza física, Fedro recurre al intento de obligar a que Sócrates realice ese discurso bajo la advertencia de que si no procede tal como lo pide Fedro, entonces éste pedirá a los demás que no compartan con él discurso alguno, y la muestra de que su decisión es presuntamente irrevocable, la hace patente en su “juramento” al plátano. Me parece que aquí es preciso señalar que el plátano es un símbolo de Dionisos, y las características de ese dios ya las mencioné anteriormente, ahora lo que deseo analizar es el porqué la plegaria parece dirigirse a Dionisos y si en verdad es una verdadera plegaria.

El intento de juramento o plegaria que hace Fedro, lo dirige a Dionisos debido a que este dios tenía el poder de llevar a los hombres a la locura y en ese estado o se entregaban al éxtasis sexual, o en su defecto atentaban contra su propia vida acabando su existencia o bien, la de otros. Aquí debemos recordar las características de Dionisos que hemos tratado ya en el capítulo anterior. Debido a ello, parece que Fedro buscó que Sócrates cayera en el éxtasis del desenfreno sexual y por ende no fuera consecuente en su concepción del amor como don divino, algo que podría también interpretarse como un atentado de Sócrates en contra de Eros. Esta manera de proceder denotaría una conducta que yace en los terrenos de Dionisos.

Parece entonces que con este intento de plegaria, Fedro trató de llevar a Sócrates a la órbita de la seducción que es el placer utilitario enmascarado en un

discurso que parece defender al amor. Este es el mundo de las apariencias y por ende de la carencia del verdadero conocimiento del Eros.

Debido a ello y atendiendo a la expresión de Fedro, me parece que su plegaria a Dionisos no es tal cosa, ya que como hemos visto en el desarrollo de la presente tesis, Fedro no cree en la divinidad y me parece que podemos ir aún más lejos, pues mientras que Fedro no puede concebir la existencia de lo divino, por otro lado sí le otorga credibilidad a lo que dicen los demás hombres, que de acuerdo al diálogo, será en un primer momento a lo que dice Lysias y luego a lo dicho por Sócrates. La postura del diálogo parece ser radical en el sentido de que mientras más caso se le hace a lo dicho por los hombres, más lejos se está de escuchar a la divinidad, en tanto que ello implica el no escuchar la voz interna que a uno le hable. y por eso mismo en la medida que Fedro dependa de lo que digan discursos ajenos a él, así mismo, será incapaz de realizar una verdadera plegaria.

Ello corrobora lo que he venido afirmando a lo largo de esta tesis, de que mientras Fedro atiende sólo lo que dicen los hombres y siga sus opiniones, permanecerá en su estado de parálisis y por ende, será incapaz de expresar sus propias palabras. En ese sentido, mientras permanece uno en la esfera de la opinión, más se aleja uno de la genuina experiencia erótica. De algún modo parece que aquí se presenta el problema de la oposición entre opinión y conocimiento y entre la palabrería del populacho y la reflexión del filósofo, pues Fedro bien podría personificar a la llamada opinión pública, formada por hombres que solamente pueden mirar la superficie creyendo que profundizan. Esos mismos hombres son los que para entender el amor, consultan sus manualillos de seducción. Buscan saber qué dicen otros acerca de un tema que ellos no se ocupan en entender.

Considero entonces que Platón presenta esa falsa plegaria con el objeto de hacer patente la incapacidad que pueden padecer algunos hombres para amar, para confiar en lo divino y para conocerse a sí mismo.

La segunda plegaria que presenta Platón en el diálogo, aparece al término del segundo discurso de Sócrates. Es necesario recordar que previo a ese segundo discurso, Sócrates ya realizó uno en el que cubierto de la cabeza por vergüenza, afirma que el amor es una enfermedad que anula la capacidad de usar la razón y que por ende es mejor hacerle caso a un no amante en vez de un amante. El hecho de que Sócrates se haya cubierto la cabeza por vergüenza al decir su primer discurso, lo interpreto como que éste sabía que lo que estaba diciendo eran falsedades, pero recordemos que en ese discurso, Sócrates parece debatirse entre la órbita de Fedro o su genuino amor por la filosofía. No perdamos de vista que en este punto, Sócrates se halla en la lucha representada a través de la metáfora de los dos caballos, y ya sea que cede a la invitación de Fedro, o bien, es consecuente en su búsqueda tanto de él mismo como de la verdad del amor. Si recordamos que el segundo discurso de Sócrates es una palinodia o un acto de arrepentimiento por haber hablado mal del Eros, es claro que Sócrates se dio cuenta de su falta (recordemos lo que ya hemos dicho acerca de cuando escuchó su Daimon) y a través de ese segundo discurso, Sócrates busca el perdón de la divinidad.

Dentro de lo que es ese segundo discurso, Sócrates afirma que Eros es hijo de Venus y además en sí mismo es un dios. Aunado a ello, Sócrates afirma que la locura causada por Eros no es nociva, ya que nada que venga de la divinidad en tanto que don o favor otorgado, puede ser malo (245-c). Partiendo de estas afirmaciones, Sócrates expone los atributos divinos del amor y relaciona ello con el asunto del alma, simbolizada con la metáfora ya señalada (la de los dos caballos).

Al final de ese discurso, Sócrates comienza a hacer una plegaria dirigida al amor, en la que le pide perdón por haber hablado mal de él en ese discurso anterior, pero también le agradece por haberle dado las palabras para ese segundo discurso. Junto con ello, Sócrates le hace al amor una plegaria muy importante, y le pide que no le quite el don de buscar lo bello y lo verdadero y pide que por el contrario, le intensifique ese don. Dentro de esa misma plegaria, Sócrates le pone nombre a ese don divino y le llama filosofía (257 b). La plegaria dice claramente que le conceda a Lysias el ya no decir falsedades en torno al amor, pues su amante (Fedro) vive confundido.

Con lo dicho, me parece viable considerar que si Eros es de naturaleza divina, y si la filosofía es un impulso erótico otorgado por la divinidad, entonces el filósofo es el amante genuino, dado que el diálogo señala que aquél que se haga acompañar de filosóficas razones, encaminará su vida hacia el amor (257-b).

Se puede pensar entonces que la filosofía al igual que el amor, son en cierto grado locura divina que le permiten a algunos hombres tener una visión de la realidad muy diferente que el resto de los demás, pero sólo a través de esa locura divina se puede ver lo que es bueno, bello y verdadero.

Desde esta perspectiva se puede entender que el filósofo y el enamorado de verdad, sufran el descrédito ante la demás gente que no se halla en la esfera de la locura divina, que por decirlo en términos filosóficos, la razón de lo divino es percibido en el hombre como locura.

Esta segunda plegaria parece entonces tener como fin el reconocimiento del Eros como don divino y la confirmación de la filosofía como el sendero erótico hacia la contemplación de la verdad.

Toquemos ahora la tercer plegaria que aparece en el diálogo, ésta la presenta Platón después de conversar directamente con Fedro, pues en la primera parte del diálogo lo que predominan son largos discursos que a manera de monólogo recita o lee cada uno de los personajes, excepto el inicio del diálogo, todo lo demás son largos discursos dichos ya sea por Sócrates o por Fedro. Empero, una vez que termina Sócrates su segundo discurso, el diálogo adquiere otra dinámica en donde predomina el constante intercambio de preguntas y respuestas entre Sócrates y Fedro. Me abstendré de reflexionar acerca de los aspectos que tratan en dicha conversación, y ello no es por negligencia, sino que siendo tópicos tan variados, profundizar en ellos me desviaría del tema principal.

El punto que debemos tomar en consideración, es que la segunda plegaria del diálogo la dirige Sócrates al amor entendiéndolo como divinidad, y al tercera en cambio,

la ofrece a Pan. El culto a este dios implicaba la irrupción de lo natural y se le concedía también la habilidad de la seducción, pues de hecho, su representación está muy asociada con la figura del sátiro, figura mitológica que poseía una connotación sexual. El nombre de Pan nos puede dar elementos para la interpretación de este pasaje del diálogo.

Básicamente el nombre de este dios implica por un lado la idea de totalidad ($\Pi \alpha$ ν) y por otro lado está la expresión $\Pi \alpha \omicron \nu$ que quiere decir pastor.

Quien propone realizar la plegaria es Sócrates y en ese sentido hace patente su creencia en las fuerzas divinas, siendo en esta parte que se presenta algo irónico, pues la plegaria final de Sócrates es dirigida a los dioses del desenfreno sexual, un terreno en el que se ubica Fedro y éste ni siquiera puede reconocer y reverenciar a las fuerzas que dominan su existencia. Aunado al ateísmo de Fedro, parece que él no es conciente de la fuerzas que lo dominan.

La tercer plegaria que Platón señala en el diálogo, trae consigo la diferencia fundamental entre la visión de Sócrates y la de Fedro, y es que en ese ruego, Sócrates pide belleza interior y que sus pertenencias exteriores concuerden con las internas(279-c). El hecho de que Sócrates pida la belleza interior y desdeñe la importancia de las apariencias, es algo que no hace Fedro, además, creo que esta situación ejemplifica que mientras la filosofía busca la verdad que se halla dentro del hombre, la retórica se mantiene de aquello que parece ser pero no es. En el caso del diálogo, la filosofía se ocupa del alma y la retórica parece corresponderse con lo exterior, con lo aparente que en este caso correspondería con el asunto del cuerpo.

Consideremos ahora que quien hace esa plegaria es Sócrates y no Fedro, algo similar ocurre al inicio del diálogo en donde Sócrates hace la pregunta que da inicio a la conversación entre los personajes del diálogo. Es evidente que antes de la tercera plegaria, Sócrates le ha señalado a Fedro que lo escrito por Lysias con respecto al amor es falso, y en el largo diálogo que ambos han sostenido, Sócrates ha mostrado que lo leído y creído por Fedro acerca del amor es falso, así que se podría pensar que éste ha cambiado su percepción superficial y utilitaria del amor, pero no es así, de tal

modo que el hecho de que Fedro no haga la plegaria puede indicar que continúa en su estado de parálisis, pues quien sigue tomando la iniciativa es Sócrates.

Una vez que Platón ubica la acción del diálogo en la plegaria final, Fedro se limita a asentir todo lo que diga Sócrates. Si ponemos cuidado, es claro que las objeciones que pone Fedro son en realidad muy débiles y termina siempre por estar de acuerdo con lo que Sócrates dice. Aparentemente se puede conceder que la aceptación que hace Fedro con respecto a los argumentos de Sócrates, es genuina, es decir, que en realidad su visión acerca de Eros es convergente con la de Sócrates, y como consecuencia de ello, Fedro guiará su razón conforme a la filosofía, lo que implicaría que Fedro sinceramente procuraría conocerse a sí mismo y abandonar el extravío que le acarrea el guiarse de acuerdo a las opiniones de los hombres, tomando en cuenta que la opinión tal cual, nos sitúa en el mundo de las apariencias y el común de los hombres se abocan a opinar y no a reflexionar de verdad.

Si esto fuera así, es decir, que Fedro modificara su utilitaria concepción del amor para asumir la experiencia erótica como un don divino y por ende sustituir su manifestación discursiva de un discurso ajeno y falso, por uno que busque la verdad a través de palabras propias que broten de su genuino entendimiento del amor, de comportarse Fedro de esta manera, estaríamos en condiciones de creer que Sócrates pudo rescatar a Fedro de su parálisis y extravío. Sin embargo, el hecho de ver que la actitud de Fedro continúa siendo pasiva y que actúa con base en la pauta que le va marcando Sócrates, me sugiere la idea que tal como Fedro siguió lo escrito por Lysias, ahora cree en lo que Sócrates ha dicho. Fedro le solicitó unirlo en su plegaria. Ya que Fedro parece darle lo mismo seguir a un dios que seguir a un hombre, su estado es por lo tanto el mismo que ha tenido desde el inicio del diálogo, así que entonces, Fedro no se dejó ser rescatado por Sócrates. Esto no debe entenderse como una incapacidad o de Sócrates o del amor mismo, sino que en realidad Fedro no deseaba ser rescatado, y quizá debido a eso mismo, Fedro no deseaba amar y tampoco ser amado.

Esta afirmación puede sugerir la idea de que el amor no lo puede todo, una afirmación contraria a lo que se piensa comúnmente en nuestros días, pero este límite

del amor no es una deficiencia del mismo, sino que es necesaria la disposición del alma para dejarse inundar por la locura divina de Eros.

El que Fedro le pida a Sócrates incorporarlo a su plegaria de la manera tan superficial que ya vimos, parece sugerir la idea de que la parálisis de Fedro continúa.

A lo largo del diálogo queda patente la voluntad de Sócrates por modificar la concepción de Fedro acerca del amor y terminar así la parálisis que lo embarga, no obstante, también es clara la falta de voluntad de éste para abandonar su postura utilitaria y convenenciera acerca del amor. Fedro está dispuesto a permanecer en su parálisis y aunque la divinidad haya deseado que Fedro cambiara su experiencia erótica falsa por una genuina, que le permitiera transitar de la parálisis de su existencia a la acción impulsada por Eros.

Si recordamos la imagen mítica que utiliza Sócrates para hablar de la jerarquía de las almas, la de último rango es la del tirano, y es ésta la que se halla más lejos tanto de la verdad como del alma del filósofo. Esa lejanía implica desdeñar lo referente al alma, priorizando los placeres del cuerpo y en contraste, Sócrates al pedir belleza interior se acerca más a lo referente al alma y desde luego, a la comprensión de la voluntad divina haciéndolo patente con su Daimon. La primer plegaria de Sócrates deja claro que el amor al ser Dios, es el que otorga al alma los dones para amar lo bello y verdadero, esas facultades no las tiene el hombre por sí mismo sino que las otorga la divinidad, pero es necesario que el hombre se busque a sí mismo, dentro de sí mismo es el lugar donde se escucha el *dictum* de la divinidad.

Considero que la contundencia del mensaje del diálogo es que para hallar el sentido divino del Eros, es necesario seguir el sendero de Sócrates, que es el del conocimiento de uno mismo. Solamente así se podrá ver que el amor es la manifestación más plena de lo bello y lo verdadero. La belleza y la verdad viven en el alma y es ahí donde hay que buscar y tal búsqueda en sí misma es una manifestación del amor por la verdad, y es quizá por ello que el Eros más genuino es el del filósofo. Siendo que la filosofía es la máxima muestra del ejercicio de la libertad porque nos lleva

al conocimiento de nuestra ignorancia y de ese conocimiento estaremos en la posibilidad de acceder a Eros. Buscarlo puede ya ser un modo de vivir en él, y tal búsqueda nos aleja de la parálisis de Fedro, hay una necesidad de no abandonar el camino marcado por Sócrates y sólo de ese modo nuestra alma volverá a la contemplación de lo que un día tuvimos frente a nosotros y que por nuestra parte indómita y oscura, se nos nubló la vista y dejamos de ver. Ojalá lo escrito aquí pueda ser una aportación para no abandonar el sendero de la búsqueda.

EPÍLOGO

A lo largo de esta tesis, he procurado respaldar mis afirmaciones con una argumentación coherente y deseo que mis intentos hayan fructificado. No obstante, junto con el rigor argumentativo que exige un trabajo académico, he plasmado también mi propia visión del mundo acerca del tema tratado, que fundamentalmente es el del amor, es decir, busqué conciliar un pensamiento estructurado con un sentimiento de mi alma, que me llevó a asumir una postura frente al tema. Sin embargo, cuando señalo que esta tesis obedece a una necesidad de mi alma, puede surgir de inmediato la interrogante acerca de si en verdad es del alma aquella necesidad o si bien, obedece a otro impulso ajeno a ella. Respondiendo brevemente a esto, he de decir que en el diálogo cuando se menciona al alma con la alegoría del carro y los dos corceles, se señala que el alma es de naturaleza divina (245 c, d y e). Así que en ese sentido, el diálogo por sí mismo responde. Por otra parte, se pudiera pensar que darle preferencia al alma por encima del cuerpo, es un desprecio a lo mundano y quizá de ahí, alguien pudiera pensar que eso deriva en una especie de moral cristiana. Señalo que no es así, pues la tesis nunca invita a menospreciar el cuerpo ni a una vida monacal. En todo caso, me parece que para evitar esas confusiones, señalaré algunos puntos que primeramente pertenecen a lo que tanto la filosofía platónica como el cristianismo pueden compartir, y luego, señalaré aquellos en los que las diferencias son claras.

El primer punto que me parece que tienen en común, es que ambos conciben la existencia del alma, y no nada más eso, sino que le asignan un carácter divino. En el diálogo lo vemos como ya lo mencioné con el mito del carro y los corceles, y por ejemplo en el cristianismo, lo vemos tanto en el Antiguo Testamento (Salmo 63:2) como en el Nuevo (Mateo 10 :28). En este punto, es claro que tanto el pensamiento platónico como el judeo-cristianismo, comparten la creencia en lo divino. Claro que ambas concepciones son diferentes por sus ámbitos culturales, pero la constante es en pensar que la divinidad existe y que no es indiferente al destino del hombre. Considero prudente mencionar que por divino podemos entender a aquella fuerza que es superior a lo humano.

En lo que es la concepción del amor, podemos ver que confluyen tanto semejanzas como diferencias, por ejemplo, si nos ubicamos en las primeras, parece claro que tanto la filosofía platónica como el cristianismo, conceden al amor una importancia de primer orden, y el diálogo del *Fedro* es una muestra clara de ello. Recordemos también el diálogo del *Banquete* y muchos otros en los que aunado a la diversidad temática de Platón, el asunto del amor aparece frecuentemente. Por lo que al cristianismo respecta, es posible ubicar la temática del amor tanto en el Antiguo Testamento, por ejemplo en los libros del Génesis (24:15-28) Oseas (2:16), Cantar de los cantares, etc., como en el Nuevo Testamento.

En lo que es el Nuevo Testamento, encontramos un himno al amor escrito por San Pablo en su primera carta a los corintios, dicho escrito ocupa todo un capítulo (el 13) en la carta mencionada. Hasta aquí parecen coincidir ambas visiones, pero es precisamente este himno paulino el que ya marca diferencias entre la visión griega y la cristiana, pues mientras que Pablo exhorta al amor para que éste sea el motor de la predicación del evangelio, Platón enfatiza en el amor como parte del conocimiento de cada quien, es decir, es un camino individual, mientras que Pablo cree posible y necesario el amor en comunidad, por ello su carta es dirigida a los corintios en este caso, en tanto que por el contrario, el diálogo platónico se da fuera de la polis y sólo entre dos hombres.

Quizá la diferencia fundamental es que para Pablo el amor es una virtud que junto con la fe y la esperanza, son necesarias para la vida cristiana, la cual más que por reflexión, es posible por fe en la revelación que Dios hace por medio de Jesucristo. Por su parte, Platón si bien menciona a lo divino, la dinámica misma del diálogo da prioridad a pensar filosóficamente y sobre todo, invita al ejercicio del diálogo filosófico, en el cual, se ejerce la libertad del pensamiento especulativo, mientras que si vemos el tono de las cartas de Pablo, están más encaminadas a ser obedecidas que reflexionadas. Es importante no caer en confusiones y he de señalar que no estoy dando a entender que el cristianismo carezca de razón y sea algo rudimentario, es claro que nunca afirmo o insinúo eso, pero sí señalo que el cristianismo antepone la fe al pensamiento, es decir,

sí hace uso del pensar, pero siempre desde la base de creer en la revelación de la escritura.

A esas diferencias agreguemos que para los griegos, la noción de pecado no existe, al igual que los conceptos de resurrección, caridad, misericordia, entre otros. Me parece que en términos generales, son claras tanto la cercanía como la distancia entre ambas concepciones.

Espero que mi preferencia a concebir el amor como un don divino que procura la salud del alma, se haga patente ante los ojos del lector, con ello quiero decir que la presente tesis no es solamente un trabajo académico, mucho menos un mero requisito para lograr un título, sino que este trabajo refleja una búsqueda personal o una confrontación conmigo mismo. El tema de la tesis no es algo ajeno a la vida de su autor como lo pudiera ser el hablar sobre técnicas para el procesamiento de atún, modelos de administración financiera o nociones de ingeniería aplicadas a la construcción de segundos pisos. No es ese el caso, sino que el tratamiento filosófico del Eros, guiado por la mano de Platón, me llevó a la necesidad de preguntarme si mi vida gira en la órbita de lo superficial y lo utilitario, o si por el contrario, estoy dispuesto a buscar la verdad sobre mí mismo y estar así, partiendo de mi propia ignorancia, pueda conocer un poco más acerca de la condición humana. Trabajar sobre el diálogo me abrió un horizonte con dos senderos, o se camina ciegamente por la mentira, o bien, se orienta uno por la verdad, que es el camino de la genuina búsqueda de uno mismo, en ese sentido, el camino hacia la verdad sólo es posible a partir del conocimiento de la ignorancia. Darse cuenta de tal condición es el inicio de la filosofía misma.

No busco una retórica hueca, pues al decir que el diálogo me ha llevado a orientarme por la búsqueda de la verdad sobre mí mismo, ello me ha sido tremendamente doloroso y difícil, pues al tener que confrontarme con mis sombras, me ha surgido la tentación de quedarme en ellas, pues es más fácil conformarse con un intento de conocerse, que tomar en serio tal tarea. Me sucede que he comprendido que en el camino del autoconocimiento, ya no hay camino de regreso y francamente, a

veces da miedo, pero tengo muy presente que así como la verdad suele ser despiadada y dura, también sabe ser amable.

Junto con la razón filosófica, el diálogo trae implícito el tema de la divinidad y tal cuestión no me parece ajena a mi existencia. Así que de nueva cuenta, el diálogo me encaminaba a asumir una postura respecto a la existencia de lo divino y a pensar sobre las consecuencias que ello implica. En el desarrollo de la tesis he intentado exponer claramente mi postura al respecto, y en este epílogo lo único que puedo decir es que mi creencia en la existencia de la fuerza divina, no la puedo explicar a plenitud por medio de la razón, sino que es algo que siempre me ha acompañado y al respecto sólo puedo decir que esa palabra es un sentimiento que escapa a la palabra, mi convencimiento de que existe lo divino es una expresión incomunicable. Ello me aclara que la razón y la revelación tienen una relación tirante y por ello mismo, difícil de entender, sobre todo cuando partimos de la idea de que la razón excluye por completo la belleza del pensamiento.

Ver en el diálogo la falsa manera en que Fedro asume lo divino, me llevó a la confrontación de preguntarme si yo no he estado haciendo lo mismo. No quiero caer en la presunción de decir que nunca me he hallado en un tipo de parálisis, lo único que puedo decir es que percatarse de tal estado es ya una señal de movimiento y de la lucha que implica no permanecer en ese estado.

Puedo decir entonces que junto con el esfuerzo argumentativo que le corresponde en su trabajo de carácter académico, esta tesis es una sincera expresión de mi alma que se vio transformada por este trabajo. En este espacio de compartir mi palabra, he de señalar que muchas de estas líneas fueron escritas acompañadas de la música que ha marcado mi alma. ¿Cómo escribir una tesis sólo para cumplir mientras se escucha jazz, tango, boleros y sobre todo a José José?. Simplemente es imposible.

Ello también me animó a imprimirle a la tesis la frescura de la musicalidad que me acompaña, sin abandonar el rigor argumentativo. De paso señalo que me he dado cuenta que la música es un elemento fundamental en el conocimiento de uno mismo.

Todo ello confluyó en el caminar que ha dado forma a este trabajo que me ha permitido desarrollarme, crecer y buscar mi plenitud personal. Este trabajo ha sido un *érgon* y no un *ponos*.

En un mundo que ha desdeñado las cosas del alma y que se encuentra lleno de confusión, alcoholismo, drogadicción, lujuria, pornografía, preocupación por lo material, vacío espiritual y búsqueda de falsas alegrías, se vuelve una necesidad hacer un alto y atender la voz de Platón y al *dictum* que el oráculo le dijo a Sócrates.

Que la divinidad nos dé fuerza para atrevernos a encarar la pregunta que nos interroga a dónde y de dónde. Quien vea esta pregunta y la atienda, no podrá fingir ceguera y sólo entonces podremos asumir el más grande acto de amor que es la búsqueda de la verdad, lo que podemos llamar filosofía.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Francesco, *Introduzione a Socrate*, Laterza, Roma-Bari, 1975.
- Adorno, Francesco, *Dialoghi Politici e Lettere di Platone*, Utet, Turín, 1970.
- Adorno, Francesco, *Introduzione a Platone*, Laterza, Roma-Bari, 1978.
- Corbato, Carlo, *La Sofistica*, Laterza, Florencia, 1984.
- Descartes, René, *El tratado del hombre*, Alianza, España, 1990.
- Gaos, José, *Antología de la Filosofía Griega*, F.C.E., México D.F., 1968.
- Hussey, Edward, *Los Sofistas y Sócrates*, U.A.M., México D.F., 1991.
- Jaeger, Werner, *La Teología de los Primeros Filósofos Griegos*, F.C.E., México D.F., 1998.
- Jaeger, Werner, *Paideia: Los Ideales de la Cultura Griega*, F.C.E., México D.F., 1991.
- Jaspers, Karl, *La Filosofía*, F.C.E., México D.F., 2003.
- Levi, Antonioni, *Storia Della Sofistica*, La Nuova Italia, Florencia, 1967.
- Platón, *Fedro*, U.N.A.M., México D.F., 1979.
- Petrie, A., *Introducción al Estudio de Grecia*, F.C.E., México D.F., 1972.
- Reale, Giovanni, *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, Herder, Barcelona, 1995.
- Reale, Giovanni, *Platone*, Herder, Milán, 1978.
- Reyes, Alfonso, *La Filosofía Helenística*, F.C.E., México D.F., 1973.
- Robin, Leonardo, *La teoría Platónica dell' Amore*, Celuc, Milán, 1973.
- Strauss Leo, *¿Progreso o retorno?*, Paidós, España; 2004.
- Taylor, A., *El Pensamiento de Sócrates*, F.C.E., México D.F., 1980.
- Verneaux, Roger, *Textos de los Grandes Filósofos de la Edad Antigua*, Herder, Barcelona, 1989.
- Wahl, J., *Introducción a la Filosofía*, F.C.E., México D.F., 1970.
- Xirau, Ramón, *Introducción a la Historia de la Filosofía*, U.N.A.M., México D.F., 1993